

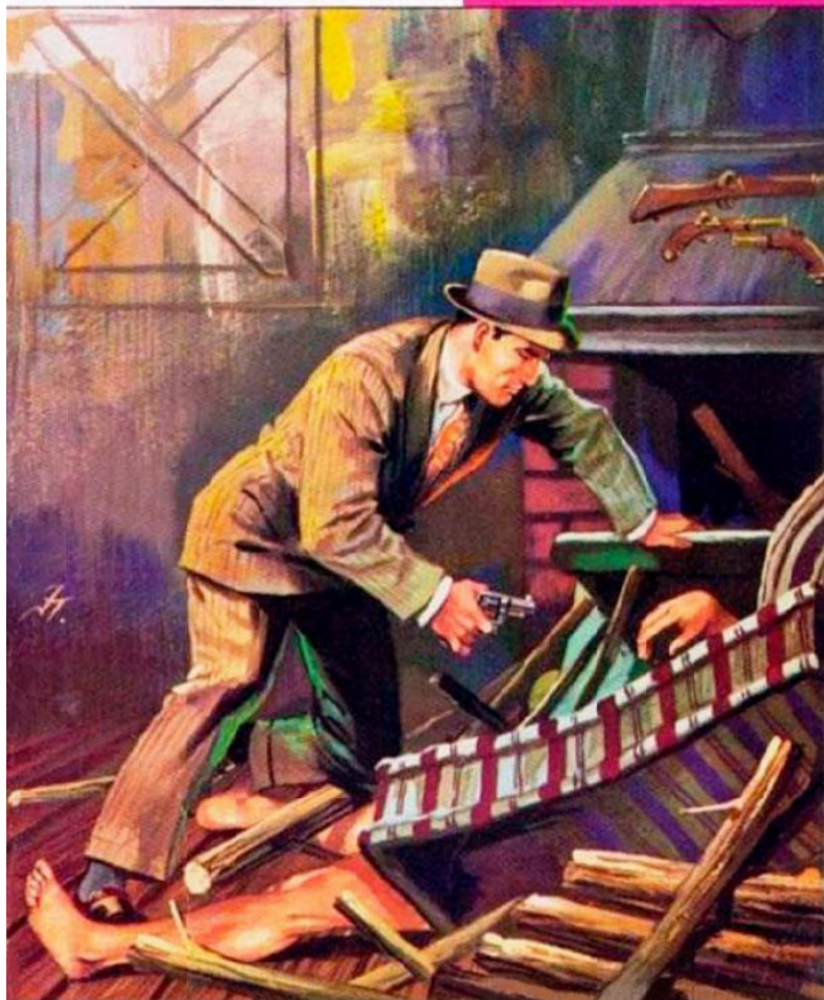
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

asesinato de un detective

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

ASESINATO DE UN DETECTIVE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 459

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES

CARACAS · MÉXICO · RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 48.032 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: febrero, 1971

© KEITH LUGER, 1971
sobre la parte literaria

© TRIAY, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.203 — Tres cuellos para el verdugo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.052 — El secuestro del avión Nueva York-Moscú.

En Colección BÚFALO:

903 — El sheriff fue un cobarde.

En Colección SALVAJE TEXAS;

729 — La venganza es mi oficio.

En Colección KANSAS:

659 — La historia de Joe, el Mujeriego.

En Colección BRAVO OESTE:

514 — Plomo para un entrometido.

En Colección PUNTO ROJO:

455 — La garra os saluda.

En Colección CALIFORNIA:

724 — Más terca que una mula.

En Colección ASES DEL OESTE:

575 — Cita con el diablo.

En Colección COLORADO:

610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

58 — La reina de San Francisco.

En Colección BISONTE SERIE AZUL;

1 — Tan guapo y tan granuja.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Tengo una secretaria que parece un bacalao seco. Sí, hermano, póngale a un bacalao unas gafas y tendrá la imagen de Ingrid Benson.

Pero no cambiaría a Ingrid Benson por la Raquel Welch. Palabra de honor.

Yo, con Raquel, no trabajaría nada. Bueno, trabajaría, pero de otra forma. En cambio, con mi secretaria, trabajo a una distancia de dos metros. Ni siquiera hemos llegado a sentarnos juntos en un sofá.

Ingrid es eficiente y tiene una memoria de elefante.

—Señor Foster, ¿me va a pagar o no me va a pagar mi mensualidad?

¿No se lo dije, hermano? Tiene una memoria de elefante.

—Querida —le dije—, sólo estamos a primeros de mes.

—¿A primeros de mes? —Miró el calendario—. Hoy es el día siete.

—¿Nada más?

—Señor Foster, tengo que pagar unas cuentas. Entre ellas, la botella de *whisky* que se bebió usted solito en mi casa el día de mi cumpleaños.

—Eh, Ingrid, que éramos ocho invitados.

—Pero de los ocho sólo dos eran hombres, y el otro era abstemio.

—¿Y qué me dice de las mujeres? ¿Es que las mujeres no beben *whisky*?

—No, bebimos té. Lo que usted debería beber.

—Puaf.

—Está sin blanca, ¿eh?

—Ingrid, tiene usted una forma de decir las cosas que le da a uno muchos ánimos.

—Pues alégrese, porque le voy a dar una buena noticia.

—¡Acerté la tercera carrera!

—De eso nada. Su caballo llegó el último.

—No era un caballo. Era una potranca.

—Pues no se vuelva a fiar de las potrancas.

—Sí, Ingrid, era muy joven y nunca se debe confiar en las demasiado tiernas.

—No sea sádico, jefe. Su amigo el señor Anderson le va a hacer una propuesta. Yo tenía una sonrisa en los labios, pero la borré inmediatamente.

—¡Que se vaya al cuerno el señor Anderson!

—Oiga, jefe, el señor Anderson es director de una Compañía de Seguros y le dará trabajo como investigador privado.

—Sí, para investigar porquerías. ¿Sabe lo que me ordenará investigar? Si un tipo incendió su coche para cobrar su seguro.

—También podrá investigar si un tipo incendió a su mujer para cobrar su seguro.

—¡Nadie incendia a su mujer! Ellas se incendian solas.

—Permítame decirle que su chiste es un poco sucio.

—Se lo permito, pero no trabajaré con el señor Anderson.

—¿Y de dónde espera sacar dinero? Y no me diga que va a entrar por la puerta un cliente. ¡No me lo diga porque no me lo creeré!

Ingrid estaba señalando la puerta y justamente en ese momento llamaron a ella. Ingrid se quedó con la boca abierta y el brazo extendido.

—¿Quién será? —preguntó haciendo un gallo con la voz.

—Quizá un cliente.

—O un acreedor. ¿Apuesta algo?

—Veinticinco centavos.

—Es todo lo que tiene, ¿eh?

—Sí, Ingrid, sólo tengo un cuarto de dólar. Pero me lo juego todo, aunque me arruine.

—¡Le acepto la apuesta, jefe!

La puerta comunicaba con un pequeño vestíbulo, donde tenían que esperar los visitantes, aunque había otra puerta que comunicaba con la oficina donde trabajaba Ingrid Benson.

Mi secretaria abrió la puerta en que se había producido la llamada. En el hueco había un hombre muy gordo. Podría pesar

cien kilos.

—¿El señor John Foster?

—Sí, aquí es.

—Necesito hablar con él.

—¿Qué viene a cobrar?

—Oh, no, no vine a eso. Sólo quisiera contratar al señor Foster.

Me levanté de mi sillón como impulsado por un resorte.

—Soy John Foster.

—Mi nombre es Peter Williams.

—Pase, señor Williams.

El hombre gordo entró por el hueco, aunque le costó un poco de trabajo porque tuvo que ponerse de perfil para entrar.

Ingrid seguía asombrada, no sé si por la pérdida de los veinticinco centavos o por la ballena.

El señor Williams me tendió la mano y yo se la estreché. El señor Williams miró a Ingrid con suspicacia...

Ella seguía convertida en una estatua de sal.

—Señorita Benson, ¿quiere prepararme el dossier del asunto Rockefeller?

—Oh, sí, desde luego.

Ingrid se dirigió a la otra puerta, la que comunicaba con su oficina, pero antes de salir me miró y yo aproveché aquel momento para tirar al aire mi moneda de veinticinco centavos y volverla a atrapar.

Ingrid levantó la barbilla con mucha solemnidad, como si dijese: «Yo pago mis deudas, señor Foster, pero no puedo decir lo mismo de otras personas».

Y luego salió.

Le señalé al señor Williams un sillón de cuero pero, como vi que no cabía, le señalé el sofá.

Williams se sentó en el sofá y empezó a hacer crujir los dedos de las manos.

—Usted dirá, señor Williams.

—Quiero que busque a una mujer.

—¿La suya?

—No, todavía no nos hemos casado. Sólo es prometida.

—¿Cuándo desapareció?

—Hace cuatro días.

—¿Lo comunicó a la policía?

—No.

—¿Por qué no?

—No me gusta la publicidad.

—¿Por qué ha tardado tanto tiempo en decidirse?

—Esperé que Stella volviese.

—¿Cuál es el nombre completo de ella?

—Stella Dawe.

—Hábleme de ella y de usted.

—Verá, señor Foster, la conocí en un club nocturno.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Un par de meses.

—¿Vive usted en Los Ángeles?

—Sí, desde hace un año. Vine de San Jacinto. Tenía allí un negocio de venta de artículos de pesca. Pero me cansé de San Jacinto, y acepté el traspaso de un negocio similar en Los Ángeles. Tuve que hacer algunos cambios en el local, pero el negocio marcha bien. No me puedo quejar.

—Decía que conoció a Stella en un club nocturno.

—Sí.

—¿Cuál club nocturno?

—El Estambul. ¿Lo conoce?

—No.

—Está en la calle Séptima, después de pasado El Cañón Laurel.

—¿Qué hacía Stella?

—Formaba parte del espectáculo.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál era su número?

—Cantaba.

—¿Qué pasó entre ustedes?

—Yo estaba allí una noche. Había ido solo. De vez en cuando voy a un club nocturno. Me aburre la televisión, señor Foster. De noche doy un paseo.

—O va a un club nocturno.

—Sí, señor Foster.

—¿Había ido con anterioridad al Estambul?

—No, era la primera vez.

—Siga. Usted entró en El Estambul.

—Vi a Stella cantar y me gustó. Verá, ella es una chica muy

bonita.

Sacó la cartera y apartó de ella una fotografía que me alargó con sus enormes dátiles, pero tuvo que levantarse para alcanzarme la fotografía.

Tomé la foto y vi a Stella Dawe. Se cubría, si es que se podía llamar cubrirse, con un vestido en el que se había invertido muy poca tela. Pero, diantres, la chica había hecho muy bien en lucir sus encantos. Tenía muchos y abultaban. Y era bonita, como Williams había dicho, aunque en sus ojos vi algo extraño, aunque no supe en aquel momento qué era.

—Adelante, señor Williams.

—Decía que la vi cantar y me gustó. Verá, la invité a beber una copa... Y ella aceptó... Simpatizamos enseguida. Resultó que a ella le gusta pescar. Bueno, me aseguró que le había gustado desde niña y desde entonces pasamos un buen rato. Volví a la noche siguiente, y a la otra. En fin, casi toda la semana.

—Y siguieron hablando de pesca.

—No siempre. Pero nuestro tema favorito seguía siendo la pesca. Entorné los ojos y me imaginé a la linda señorita Stella Dawe con una caña en la mano, pescando a mi gordo cliente.

—Una noche, al cabo de nueve o diez días, le propuse sacarla de allí.

Abrí los ojos, como debió abrirlos Stella cuando el buenazo de Peter Williams le soltó aquello de redimirla.

—¿Y qué le contestó Stella?

—Que estaba de acuerdo.

—¿No hubo nada más?

—Bueno, le dije que la quería.

—Continúe.

—En ese momento no hubo proposición matrimonial por mi parte, si es a eso a lo que se refiere.

—La sacó de allí porque estaba de acuerdo. ¿Y adónde la llevó?

—Alquilé un apartamento en el Edificio Stolle, en la Avenida Marítima, uno que tiene mucho cristal en la fachada.

—Sí, sé cuál es.

—Yo veía a Stella todas las tardes, después de cerrar mi negocio. Íbamos al cine o al teatro y cenábamos juntos. Así pasaron como tres semanas y entonces...

—¿Entonces?

—Le pedí a Stella que se casase conmigo.

—¿Y qué le contestó?

—Que estaba de acuerdo.

—Estupendo.

—Empezamos a preparar la boda. Yo le di dinero para preparar las cosas. ¿Sabe usted? Stella no había ahorrado durante su vida de artista.

—¿Cuánto le dio?

—Señor Foster, usted no pensará que usó mi dinero para fugarse.

—¿No lo hizo?

—Sólo le di mil dólares.

—Y desapareció al día siguiente.

—No, señor.

—¿Cuándo desapareció?

—Tres días más tarde, o sea hace cuatro días.

—¿Qué compró Stella con los mil dólares?

—Un par de vestidos, ropa interior. A mí me pareció muy bien.

—¿Y el traje de novia? ¿Se lo compró?

—No.

—¿Cuándo se iban a casar?

—Mañana.

—¿De qué forma desapareció Stella?

—Simplemente, salió ese día por la mañana, hacia las once, y ya no volvió.

—Imagino que se llevó su equipaje.

—No, señor. Eso es lo raro.

—¿Qué equipaje tiene?

—Una maleta.

—¿Nada más?

—Y un maletín de viaje.

—¿Qué me dice de los vestidos que se compró?

—Sólo se llevó uno de color verde. Era el que llevaba puesto porque me lo dijo el encargado.

—De modo que el encargado la vio salir.

—Sí, señor Foster.

—¿Con quién iba ella?

—Con nadie.

—¿Cómo se llama el encargado del edificio?

—David Anderson, es un buen hombre.

—¿Volvió a ver el buen hombre a Stella?

—No, señor.

—¿Qué ha hecho usted por recuperar a Stella?

—Bueno, estuve esperando a Stella toda la tarde y, en vista de que no venía, me fui al Club Estambul. Pensé que quizá ella había ido allí para celebrar con sus antiguos amigos su próximo matrimonio. Aunque es realidad, sólo tenía una amiga, una compañera que también canta. Bárbara Sorrell. Pero Bárbara no había visto a Stella desde hacía una semana. Así que me tuve que marchar del club sin saber nada de Stella.

—¿No le habló Stella de algún amigo en particular?

—No, señor.

—¿Algún cliente?

—No, señor.

—¿Qué me dice de la familia de Stella?

—No tiene ninguna.

—¿Ninguna?

—No conoció a sus padres. La depositaron en un orfelinato, y allí se crió. Fue adoptada más tarde por un matrimonio, los Simpson, que vivían en San Bernardino. Ella los quería mucho... Y ocurrió una tragedia.

—¿Cuál fue la tragedia?

—Cuando Stella tenía quince años y estando ella en el colegio, la casa de los Simpson se incendió. Los Simpson murieron abrasados.

—Lástima.

—Stella sufrió mucho...

—¿Y qué hizo después?

—Era la única heredera de los Simpson y le pagaron el seguro. Sumados los ahorros del señor Simpson, se encontró con tres mil dólares y se fue a la Universidad. Quería estudiar Arte, pero no llegó a terminar la carrera. A los dos años abandonó los estudios y empezó a trabajar. Su meta era el cine, pero no ha tenido suerte.

—¿Qué edad tiene ahora Stella?

—Veintiún años.

Eso me recordó que uno no debía fiarse de las potrancas jóvenes

porque muchas veces nos defraudan.

—Usted debe encontrarla, señor Foster —dijo Peter Williams.

—Haré lo posible, aunque puede resultar difícil.

—¿Por qué dice eso?

—Stella podría estar ahora en la otra parte del mundo.

—¡Oh, no!

—¿Por qué cree que se fugó?

—Porque tiene un problema.

—¿Cuál problema?

—No lo sé.

—¿Qué le hace suponer que tiene un problema?

—A veces, cuando hablaba conmigo, se quedaba ausente. Le preguntaba qué le pasaba, pero ella me contestaba con una sonrisa que no le pasaba nada.

—¿Y usted cree que le mentía?

—Sí.

—¿Le habló de hombres en su pasado?

—No.

—¿De ninguno?

—De ninguno.

—¿No cree que, lógicamente, tenía que haber habido algún hombre en su vida interior?

—Oiga, señor Foster, supuse que habría uno o más de uno, pero a mí no me interesaba.

—Le comprendo.

—¿Se pondrá a trabajar enseguida?

—Tengo otros asuntos, señor Williams.

—Oh.

—Pero le daré preferencia al suyo.

Peter Williams se había tornado serio y esbozó una sonrisa.

—Gracias, señor Foster. Es usted muy amable... En cuanto a los honorarios...

—Cobro cien dólares diarios —le interrumpí.

—Correcto.

—Más los gastos.

—Desde luego, señor Foster. ¿Le bastará con mil dólares para empezar?

Tuve que tragar saliva.

—Es el adelanto que acostumbro a pedir a mis clientes.

Pero no era verdad porque yo habría empezado a trabajar por veinticinco dólares, a la espera de resultados.

Sacó billetes de a veinticinco pavos y de a diez y dejó el fajo sobre la mesa.

—Mi secretaria le firmará un recibo, señor Williams. Y, por favor, déjeme su dirección y su número de teléfono.

Agregó una tarjeta comercial en la que había impreso un pez espada y sobre él una leyenda en la que se leía: «La Casa del Pescador». Abajo figuraba la dirección del negocio y la particular, junto con los teléfonos.

—Tengo una empleada, señor Foster —dijo—. Se llama Peggy Kenton. Ella está al corriente de todo. La hice mi confidente, ¿sabe?... Quiero decir que, si yo no estoy en mi negocio, puede dejar el recado a ella.

—Lo tendré en cuenta, señor Williams. Abrí la llave del interfono.

—Señorita Benson, ¿preparó el dossier Rockefeller?

—No, señor Foster, hay diez mil dólares que no sé dónde se han metido.

—Bueno, ya se ocupará de eso más tarde. Ahora extienda un recibo por mil dólares a nombre de nuestro cliente Peter Williams.

—¿Mil dólares sin centavos, señor Foster?

—Eso es, señorita Ingrid. No haga como con el señor Rockefeller, que le agregó veinticinco centavos.

—No se repetirá, señor Foster —y ella quería decir que jamás apostaría conmigo otro cuarto de dólar.

El señor Williams se marchó con su recibo y con la esperanza de que yo recuperase a su Stella.

Mi secretaria cobró su mensualidad, pero le desconté los veinticinco centavos. Una apuesta es una apuesta.

Y después de contarle a Ingrid la clase de trabajo que Peter Williams, me había confiado, me largué de la oficina en busca de la nena que había enamorado a Peter Williams y que, a los quince años, había tenido que sufrir la pérdida de sus padres adoptivos, calcinados en un incendio.

CAPÍTULO II

Entré en el club Estambul.

Dos mujeres estaban lavando el piso.

Un par de empleados sacaban cuentas en una mesa. Me dirigí hacia ellos.

—Está cerrado —me dijo un tipo pálido, de largas patillas.

—Busco a Stella Dawe.

—Ya no trabaja aquí.

—¿Sabe su nueva dirección?

—No.

—Quizá alguien la sepa.

—No, no la sabe nadie.

En aquel momento se abrió una puerta del fondo y un hombre gritó:

—¡Luke! ¿Qué pasa con ese champán francés?

—Lo traerán hoy.

—Lo mismo dijiste ayer.

—No es culpa mía, señor Connelly.

El señor Connelly, que era alto y bien parecido, se fijó en mí.

—¿Quién es, Luke?

—No dijo su nombre. Viene buscando a Stella Dawe.

—¿Ya le dijiste que no trabaja aquí?

—Sí, se lo dije... —Luke me miró—. Ya puede marcharse.

—Está bien. Continuaré mi investigación en otra parte.

Eché a andar hacia la salida y entonces oí la voz del señor Connelly.

—Espere, señor...

Me volví.

—John Foster.

—¿Quiere venir a mi oficina, señor Foster?

—Desde luego.

Entré en la oficina y Connelly me señaló un sillón. Él se sentó tras una mesa donde había muchos papeles.

—¿Dice que está haciendo una investigación, señor Foster?

—Sí, señor Connelly.

—¿Por cuenta de quién?

—Perdone, pero un investigador privado no puede revelar el nombre de su cliente.

—Oh, sí, claro... ¿Un cigarrillo?

—No, gracias. Fumaré de los míos.

Los dos encendimos, cada uno con su mechero.

—De modo que Stella Dawe ha desaparecido.

—¿Dije que había desaparecido?

Me sonrió.

—Si usted la busca, es porque su cliente no la encuentra en ninguna parte.

—Lógico —hice una pausa—. Y usted está interesado. Por eso me hizo entrar.

—Simpaticé con Stella y sentiría que le pasase algo malo.

—¿Por qué cree que le puede pasar algo malo?

—Todos los días desaparece gente y a muchas de ellas las encuentran muertas.

—Sí, algunas se bañan y se ahogan por un descuido. Y otras se arrojan desde el piso más alto de un edificio y se matan.

—Pero ése no será el caso de Stella Dawe.

—Todavía no fui a la Morgue.

—Me había asustado.

—¿Cree que Stella tendría algún motivo para arrojarse desde un último piso?

—Oh, no, de ninguna forma.

—¿Cómo es Stella?

—¿No se lo dijo su cliente?

—Tengo la opinión de mi cliente, pero me gustaría conocer la suya.

Connelly se apoyó en el respaldo del sillón, dio una chupada al cigarrillo y, después de arrojar el humo, observó cómo se disgregaba. Entonces habló con voz un poco ronca.

—Stella vino aquí hace seis meses. Me hizo una demostración y pensé que podía formar parte de nuestro espectáculo.

—¿Bonita voz?

—Sólo regular. No es una artista. Nunca he pensado que Stella llegase demasiado lejos en el mundo de la canción. Pero tiene otras cosas.

—¿Cuáles?

—Su tipo, su personalidad... Es una chica linda. Imagino que su cliente se lo dijo.

—Sí, y también me dio una fotografía.

—Entonces, habrá observado que Stella es una criatura angelical.

—Si los ángeles son como ella, ya quiero ir al Cielo.

Connelly rió mi chiste.

—Es ambiciosa, pero ¿quién no lo es a los veintiún años?

—Sí, en eso tiene razón.

—Stella sólo quería relacionarse con clientes caros, ya sabe, tipos con mucho dinero.

—¿Para aligerarles los bolsillos?

—Bueno, ella les hacía gastar el dinero en el club.

—¿Y fuera del club?

—Lo siento, señor Foster, pero lo que nuestras empleadas hacen fuera del trabajo, me tiene sin cuidado. Lo que quería decirle, es que Stella no se conformaba con un cliente cualquiera.

—Pero se conformó con uno que no tenía mucho dinero.

—Oh, sí, se refiere usted al hombre gordo. Ya no había por qué guardar el secreto.

—Peter Williams —dije—. Es el hombre que me paga.

Connelly dio otra chupada al cigarrillo, pero esta vez no miró el humo. Me estaba mirando a mí, con los ojos fijos.

—Traté de disuadir a Stella cuando se fue con él —declaró.

—¿Y por qué trató de disuadirla?

—Sinceramente, pensé que no era hombre para ella.

—Las intenciones de Williams eran buenas.

—¿Usted cree?

—El señor Williams se iba a casar con Stella.

—No lo sabía. —Connelly rió—. ¿Ha desaparecido Stella sin casarse con Peter Williams?

—Sí.

—Entonces, significa que yo tenía razón. Stella ha comprendido

que un hombre como Williams no le podía dar la felicidad. No, señor Foster, lo siento por su cliente, pero él no era el marido adecuado para Stella.

—¿Y cuál era el marido adecuado para Stella?

Guardó silencio.

—¿Usted quizá, Connelly?

—No, señor Foster, yo no me casaría con una de mis muchachas. Cometería un grave error si lo hiciese. Y yo no cometo errores de ese calibre.

—¿Entonces?

—Sinceramente, a Stella le convenía un tipo con mejor fachada que el señor Williams y con una cuenta corriente más abultada.

—¿Conoce quizá la cuenta corriente del señor Williams?

—Oh, no. Stella me dijo a qué se dedicaba Williams. Tiene un negocio de artículos de pesca, y no creo que con eso nadie se haga millonario.

—Entonces, ¿por qué cree entonces que Stella aceptó la oferta de Williams?

—Quería exprimirlo. Stella pensó que había llegado su oportunidad de atrapar un buen pellizco.

—Su argumento es contradictorio.

—¿Por qué?

—Stella sólo le sacó mil dólares.

—Quizá se conformó con eso.

—Ahora no es lógico, señor Connelly. Tomemos el caso. Stella Dawe, una muchacha ambiciosa que llevaba seis meses trabajando aquí, quizá a la espera de un pez gordo que arponear, se va al fin con un cliente. Pasa unas semanas con él en un apartamento, y luego desaparece porque ha logrado atrapar mil dólares... ¿Cree que ése era el límite de la ambición de Stella?

—Tocado, señor Foster.

Connelly aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Creo que tengo la respuesta.

—La escucharé, señor Connelly.

—Stella Dawe se cansó de Peter Williams. ¿Por qué? Precisamente por el motivo que usted acaba de indicar. Williams no era el pez que Stella necesitaba en la sartén.

—Supongo que Stella es inteligente.

—Lo es.

—Entonces, debió saber desde un principio que Williams no era la víctima apropiada.

—A veces la gente se equivoca, y Stella se pudo equivocar.

—Quiere decir que pudo pensar que Williams era su hombre. Y que luego, conforme le fue tratando, llegó a la conclusión de que a Williams le podría sacar muy poco porque tenía muy poco.

—Exactamente, señor Foster.

—No está mal. Pero, en tal caso, no tenía que haber desaparecido como si se la tragase la tierra. Con haber terminado con Williams tenía bastante.

—Quizá no quiso herir los sentimientos de Williams.

—¿Cree que a Stella le habría preocupado eso?

Connelly tabaleó con los dedos en la mesa y yo agregué:

—Las mujeres reaccionan a veces de una forma insospechada. Stella tenía aquí una amiga, Bárbara Sorrell. Quizá ella sepa algo. ¿Cuál es su dirección?

—No creo que ella sepa nada.

—¿Por qué no?

—Bárbara me habría dicho algo al respecto, y yo he sabido que Stella ha desaparecido por usted —se levantó—. De todas formas, le daré la dirección de Bárbara.

Caminó hacia un archivo que había al fondo y abrió un cajón. De él extrajo una tarjeta y tras consultarla, dijo:

—Paseo de los Sauces, 3342.

—Gracias, Connelly.

Yo también me levanté.

Me estrechó otra vez la mano.

—Encantado de conocerlo, señor Foster.

Me acompañó hasta la puerta y allí, dijo:

—¿Me hará un favor, señor Foster?

—Diga.

—Téngame al corriente de lo de Stella.

—Cuente con ello.

Los dos empleados de fuera seguían haciendo cuentas.

Me dirigieron una mirada y yo les hice un saludo de despedida, al que no correspondieron. Estaban menos educados que su jefe.

Fui a la avenida de los Sauces.

El 3342 era una casita con jardín.

Llamé a la puerta y me abrió una joven de unos veintisiete o veintiocho años, esbelta, muy bella, pero eso es cosa corriente en Los Ángeles. Ya saben que estamos muy cerca de Hollywood, y Hollywood, sigue siendo la Meca del cine, a pesar de las brujas, y a Los Ángeles y a sus alrededores acuden las chicas monas del país en busca de fama y dinero.

—Soy John Foster, investigador privado. Estoy buscando a Stella Dawe.

—Aquí no la va a encontrar —contestó y trató de cerrar la puerta.

CAPÍTULO III

Le impedí que cerrase y ella abrió de nuevo.

—Señor Foster, le he dado una respuesta.

—¿Es usted Bárbara Sorrell?

—Sí.

—Quiero hablar con usted.

—No hay nada que hablar.

—¿Por qué se pone así? Yo estoy cumpliendo con mi obligación, ¿sabe? Trabajo para comer dos veces al día.

A algunas hay que tocarles el lado sensible, pero no siempre es el corazón. Hay chicas que son sensibles de cintura para arriba y las hay que lo son de cintura para abajo. Enarcó las cejas y me miró con interés. Pertenecía a las del primer grupo.

—Pase —dijo.

Entré tras ella en un *living* a medio limpiar.

El aspirador estaba a la vista, pero desconectado.

—¿Quién le dio mi dirección? —preguntó Bárbara.

—Su jefe.

—No sabía que el señor Connelly colaborase con los investigadores privados.

—Tiene mal genio el señor Connelly, ¿eh?

—No le gusta que husmeen en sus cosas.

—Sin embargo, colaboró conmigo.

—Su cliente, el señor Williams, debería dejar en paz a Stella.

—¿Cómo sabe que Williams es mi cliente?

—Es a la única persona a quien le interesaría el paradero de Stella.

—¿A usted no? El señor Williams me dijo que usted es la mejor amiga de Stella.

—Lo soy y por eso quiero que la dejen en paz.

—Entonces, sabe dónde está.

—No, no lo sé.

—Explíquese.

—Stella iba a cometer un error al casarse con Peter Williams. Le aconsejé que no lo hiciese.

—Y por lo visto, terminó por aceptar sus consejos.

—Yo lo celebro.

—Pero ¿por qué tenía que desaparecer? Con haberle dicho a Williams que no quería casarse, estaba todo arreglado.

—Seguramente no le quiso hacer daño.

—Es la misma opinión del señor Connelly, pero yo no estoy conforme con esa interpretación.

—¿Por qué no?

—Stella le hacía daño a Williams desapareciendo. Yo diría que le ha hecho más daño porque el pobre está enamorado de Stella hasta los huesos, y la marcha de Stella sin decir palabra le ha preocupado tanto que contrató a un investigador privado. ¿Me hago entender?

—Sí, señor Foster. Se hace entender. Pero no es más que otra interpretación.

—¿Dónde está Stella?

—No lo sé.

—¿Está segura de que no lo sabe?

—Claro que no.

—¿Le dijo Stella que iba a abandonar el apartamento?

—No.

—¿No le dijo más o menos dónde iría?

—No.

—¿Cuándo habló con Stella la última vez?

—Hace una semana. Almorzamos juntas. Y si me va a preguntar por el tema de nuestra conversación, fue variado. Hablamos de trapos, como todas las mujeres. Y le conté algunas cosas relacionadas con el club. Luego nos despedimos como dos buenas amigas, y ya no he vuelto a saber nada de ella.

—¿Dónde vivía Stella antes de que conociese a Williams?

—Aquí, conmigo.

—Pero ustedes se conocieron cuando Stella llegó al club hace seis meses.

—Sí.

—En una pensión.

—¿Cuál?

—La de la señora Garrison.

—¿Me da la dirección o he de investigarlo por mi cuenta?

—Calle Lincoln, 1654.

No había nada que hablar con Bárbara Sorrell. Colaboraba poco y se lo dije:

—No siente muchos deseos de que Stella aparezca.

—Es otra interpretación de usted. Lo único que deseo es que Williams la deje en paz. Y si usted es el hombre que ha puesto en marcha, también quiero que la deje en paz. Stella ya es mayorcita para saber lo que le conviene. Y el señor Williams, es sólo un niño por no comprender las cosas. Si Stella se marchó, es porque no quiere ni verlo.

—Se lo diré a Williams. Hasta la vista.

Viajé a la calle Lincoln.

La señora Garrison resultó ser una mujer gordita, carirredonda. Me quiso invitar a té con pastas, que era lo que ella estaba tomando.

—Me encantan los investigadores privados —dijo cuando estuvimos sentados en su *living*—. Qué vida más emocionante la de ustedes. ¿Cuándo tuvo el último asesinato?

—Hace una semana.

—Cuenta, cuenta...

Yo no había ido allí para contar crímenes, sino en busca de información.

—Señora Garrison, un día voy a venir por aquí, y usted y yo lo pasaremos muy bien mientras le cuento mis aventuras. Hay cabezas cortadas con hachas. Hermosas rubias envenenadas. Y hasta una pelirroja colgada de una lámpara.

—¡Dios mío! —exclamó relamiéndose.

—Pero estoy buscando a Stella Dawe.

Le conté de qué forma había desaparecido.

—Stella es una gran muchacha —comentó.

—¿La tuvo aquí mucho tiempo?

—Cerca de un año.

—¿De dónde venía?

—De Nueva York.

—¿Dónde trabajaba mientras estuvo aquí?

—En una fábrica de aviación.

Era raro aquello de que Stella trabajase en una fábrica de aviación. Probablemente había engañado a la señora Garrison.

—Siendo una chica tan bella tendría muchos moscardones a su alrededor —sugerí.

—Claro que los tenía —rió la señora Garrison mi comparación.

—¿Recuerda alguno en particular?

—Oh, sí. A un fotógrafo. Se llamaba... ¿Cómo se llamaba? ¡Hower! Eso es, Frank Hower. Tiene un estudio en... ¿En dónde?... Santo Cielo... Esta memoria mía. Es algo así como Antonio... No, no es Antonio... Benito... Eso es San Benito.

—Avenida de San Benito.

—Sí, señor Foster. Ese fotógrafo, ¿sabe?, el señor Hower, le hizo fotografías a Stella. Unas verdaderas preciosidades...

—¿Algún otro hombre?

—Vinieron algunos, como media docena, pero a ninguno de ellos lo vi más de una vez. En cambio, el fotógrafo vino muchas veces y hasta tomó el té conmigo. Un hombre muy simpático, ¿sabe? ¿Y dice usted que ha tenido un caso con una cabeza cortada?

—Sí, señora Garrison —me levanté—. Y va a ser el primer caso que le cuente cuando me pase por aquí.

—Oh, qué primor.

Me despedí de la bondadosa señora Garrison y viajé hacia la Avenida de San Benito. El estudio fotográfico de Frank Hower se ubicaba en un primer piso.

Vi a un par de chicas con poca ropa pero a ellas no les importó mi presencia. Pasaron de largo, antes de que, pudiese preguntar.

Apareció otra joven con un vestido de noche. Llevaba en el cuello un collar de perlas falsas. Me obsequió con una sonrisa tan falsa como las perlas y agregó una caída de pestañas postizas.

—No te he visto por aquí —dijo.

—Porque es la primera vez que vengo.

Soltó una carcajada.

—Pero qué tipo más chistoso eres.

Era tontaina.

—Busco a Frank Hower.

—Está ahí dentro haciendo sus estampitas... ¿Me invitas a

almorzar? Soy Thelma.

—Gracias, Thelma, pero ahora no puedo.

—Como tú quieras, bobito. Pero llégate otro día. Me simpatizas. Rió, me dio un pellizco en la mejilla y se fue.

Aparté unas cortinas y entré en donde Frank estaba haciendo sus estampitas. Al fondo había una chica con un bikini en situación de ser fotografiada.

Un hombre alto, calvo, de unos treinta y cinco años gritó:

—Oye, nena, si tú vendes un bañador, yo me como el trípode.

—Pues cómaselo, señor Hower. A ver si se atraganta y se muere.

—Sally, por lo que más quieras. Me pagan para vender ese bikini. ¿Tú lo entiendes?

—¿Cree que soy idiota? Claro que lo entiendo. Pero usted me dijo que me pusiese así.

—Pero con más aire, hija. Con más aire. Te estás muriendo.

—No dormí esta noche. Mi muela del juicio no me dejó en paz.

—¿Tu muela del juicio? ¿Cuándo la vas a echar de una vez? Mueve el remo derecho un poco más. Hacia delante... Eso es. Ahora sonríe. Pero, por todos los cielos, no rías como si te fuesen a sacar la muela. Ríete como si te fuesen a dar medio millón de dólares por haber echado la muela del juicio... Sí, chica, es la sonrisa... Un momento... Un momento. Tiró la placa y dijo:

—Ya puedes seguir llorando.

—Muérase —dijo Sally y salió corriendo de allí.

—¿Señor Hower? —dije.

Me miró.

—¿Quién lo manda? No, no me lo diga. La Agencia Rope. No necesito más modelos. Vuelva en un par de semanas.

—No vengo para que me fotografíe, señor Hower.

—¿Ah, no?

—Estoy buscando a Stella Dawe.

—¿Qué le pasó a Stella?

—Se largó de su domicilio sin dejar la nueva dirección.

Le entregué mi tarjeta y él, después de leerla, dijo:

—Conque un investigador privado.

—Así me gano la vida.

—¿Qué quiere saber, señor Foster? Tengo mucho trabajo.

—Usted conoció bien a Stella.

—Cierto.

—¿Trabajó para usted?

—No, no trabajó para mí. Le hice algunas fotografías por pura afición. Stella es bonita y me gusta fotografiar a las chicas bonitas. ¿A usted, no?

—No.

Se quedó con la boca abierta y la cerró como un cepo.

—No he visto a Stella desde hace unos meses... Cuatro o cinco. Lo siento, pero no sé dónde pueda encontrarse...

—¿Dónde trabajaba ella cuando usted la conoció?

—En una fábrica que construye chasis para la aviación. La Holmes.

—Es extraño. ¿No le parece? Stella quería ser artista.

—Cada uno se gana la vida como puede.

—Sí, eso es verdad. ¿Qué me dice de Stella?

—Había cosas en ella que me gustaban y otras, no.

—Imagino las que le gustaban. Refiérase solamente a las que no le gustaban.

—Era cruel.

—¿Se rió de usted?

No le gustó que le dijese aquello.

—De acuerdo, señor Foster. Se rió de mí. Perdí el tiempo con ella. ¿Lo entiende?

—Pensó casarse con ella.

—¿Casarme con ella? No.

—¿Quizá era eso lo que ella pretendía de usted?

—No, no lo creo. Stella tampoco es de las que se casan. Y si lo hace, compadezco al marido.

—¿Por qué se rió de usted entonces?

—Me dejaba plantado por cualquier tipo guapo que se cruzase en su camino. Me lo hizo varias veces. Sí, señor Foster. Puede llamarme imbécil. Pero eso fue lo que me hizo. Hasta que me cansé un día y dejé de verla.

—¿Así de fácil?

—Sí, señor Foster. Así de fácil... Y ahora, si me lo permite, tengo mucho trabajo.

—¿Por quién le dejó?

—Ya le he dicho que por muchos.

—Pero cuando usted tomó la decisión de no verla más, sería porque Stella había preferido a otro, concretamente.

—De acuerdo. Prefirió a otro.

—¿A quién?

—A un sargento de detectives... Sí, señor Foster. A uno como usted.

—Sólo soy investigador privado.

—Pero usted y él pertenecen a la misma fauna, y debo decirle que ustedes no me gustan.

—¿Quién era el sargento de detectives?

—Alan Russell.

Conocía a muchos sargentos detectives, pero Los Ángeles, es una ciudad muy grande y nunca había oído hablar del sargento Alan Russell.

—¿Cuánto duró el romance entre Stella y Russell?

—No lo sé.

—Stella se iba a casar.

—¿Con Russell?

—No, con Peter Williams, el dueño de un negocio de artículos de pesca.

—Lo ignoraba.

—¿Sabe que Stella trabajó en el club Estambul?

—Tampoco lo sabía.

—Al parecer, cuando Stella trabajaba en el club, ya había dejado al sargento de detectives.

—Oiga, no le puedo dar información que ignoro. ¿Por qué no se lo pregunta al sargento?

—Se lo preguntaré.

Me dirigí hacia la puerta, pero antes de salir me volví.

—¿Cuándo vio a Stella por última vez?

—Hace unos dos meses.

—¿Dónde?

—En un restaurante italiano. Se llama Marinetti.

—¿Y con quién estaba ella?

—Con su sargento detective.

—¿Está seguro?

—Claro que estoy seguro.

—En esa época ya era la chica de Williams. Quizá usted la vio

con Williams. Es un tipo gordo de unos cien kilos.

—Oiga, señor Foster si yo digo que la vi con Russell, es que la vi con Russell. Pero, si usted quiere que fuese el Presidente Nixon, no tengo ninguna objeción que hacer.

—Gracias.

—A usted —dio una palmada y gritó—. ¡Marion!... ¿Dónde estás, Marion? ¡Maldita sea! ¡Hemos de hacer esa foto para el *Christmas* de Navidad! ¡Y es la Navidad de este año!

Salí de allí y telefoneé desde una cabina pública a mi amigo Jack Suptton, un periodista del Star.

—Jack, soy John Foster.

—No puedo jugar al póquer. Me marché a Alabama. Esperan acontecimientos allí.

—No te llamo para jugar al póquer. Quiero preguntarte sobre un sargento de detectives llamado Alan Russell.

—Trabaja en la Comisaría de Long Bannion.

—¿Qué tal es?

—Un tipo duro. Tiene una buena hoja de servicios.

—Casado.

—No, que yo sepa.

—Tengo entendido que el sargento Russell mantuvo relaciones con una bonita muchacha llamada Stella Dawe. ¿Me puedes decir algo?

—Ni una palabra. No me interesan los amoríos de los detectives.

—Gracias, Jack. Te deseo un buen viaje a Alabama.

—Va a ser cuestión de los blancos y los negros.

Colgué y me puse en camino de la Comisaría de Long Bannion.

Encontré allí a un amigo, a un agente llamado James Robinson. Después de saludarnos le dije:

—Quiero hablar con el sargento Alan Russell.

—No puedes. El sargento tomó sus vacaciones.

—¿Cuándo?

—Hace una semana.

—¿Salió de la ciudad?

—Seguro. Se fue a una cabaña que tiene en no sé dónde.

—¿Puedes informarme?

Un hombre que estaba inclinado sobre una mesa se volvió. Yo lo había visto un par de veces. Era el teniente de detectives, Richard

Morris.

—¿Para qué quiere al sargento Russell, señor Foster?

Él también sabía que yo era investigador privado.

—Estoy trabajando en un caso.

—Ah, ya. —Morris se apretó el puente de la nariz y finalmente agregó—. Russell tiene su cabaña en el Lago de Santa Magdalena. Verá un motel al llegar por la carretera. Tire por el camino de la izquierda. Como a dos millas, encontrará la cabaña de Russell. El embarcadero está pintado de azul.

—Gracias, teniente.

El lago de Santa Magdalena estaba a cuarenta millas. Pero yo no tenía que hacer nada más importante que ir a hablar con el sargento Russell.

Un ser humano que estaba allí pudriéndose.

Era lógico pensar que se hubiese llevado con él a Stella para pasar unas vacaciones. Y esa misma noche cerraría el caso y el señor Williams sabría dónde estaba su amorcito.

Todo había sido un caso de rutina y es que la mayor parte de las veces un investigador privado no hace más que eso. Ir de un lado a otro preguntando y preguntando, hasta que alguien le da la solución.

Quería estar de regreso a Los Ángeles lo más pronto posible y apreté a fondo el acelerador.

Vi el motel que estaba a unos cien metros del lago y el camino de la izquierda. Seguía por éste y dos millas más allá, descubrí la cabaña con el embarcadero pintado de azul. No vi a nadie por los alrededores.

Estacioné el coche e hice sonar el claxon. Nadie acudió a darme la bienvenida.

La puerta de la cochera estaba cerrada.

Salté de mi auto y me dirigí a la cabaña. Traté de abrir y la puerta obedeció a mi impulso porque no habían echado la llave.

—Russell —llamé.

Nadie me contestó.

El *living* era grande, con muebles de estilo canadiense.

En el dormitorio no había nadie y tampoco en el cuarto de baño.

Abrí un armario y vi ropa. Un par de trajes. En los cajones observé camisas y ropa interior. Pañuelos. También había una

maleta.

Russell debía vivir allí. Pero quizá estaba solo porque no vi ninguna ropa de mujer.

Entré en otro dormitorio, pero no encontré nada, ni siquiera un pañuelo. Salí de la cabaña y miré hacia el lago. Estaba absolutamente desierto.

Encendí un cigarrillo y esperé unos minutos. Finalmente me dirigí hacia la cochera. Al acercarme noté un olor raro.

Me detuve mirando a mi alrededor, pero no había nada que produjese aquel olor. Seguí caminando hacia la cochera y el olor se hizo más fuerte.

Olor fétido. Olor a cadáver.

La cochera tenía un candado fuerte y habían pasado la llave.

Regresé rápidamente a mi coche y saqué una palanqueta. Volví a la cochera e hice saltar el candado.

Una oleada de aquel olor nauseabundo me pegó en la cara.

Abrí las puertas de par en par. Al fondo había un auto y a la derecha un montón de leña y, por entre los maderos, asomaban los pies desnudos de un ser humano.

Un ser humano que estaba allí pudriéndose.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO IV

El olor era tan fuerte que los ojos se me llenaron de lágrimas, pero alguien tenía que hacer aquel condenado trabajo y yo era el que había descubierto el cadáver.

Me acerqué a la leña que estaba llena de moscas. Aparté los troncos. Poco a poco fue apareciendo el resto del cuerpo.

Yo no había visto nunca a Russell, pero aposté a que era él, aunque lo habían dejado en muy mal estado. El asesino, o la asesina, le había deshecho el cráneo. Era un feo cadáver para un feo asunto.

El cuerpo sólo estaba cubierto por un bañador y la descomposición se estaba acelerando mucho, y eso era lógico porque durante el día allí hacía mucho calor y el crimen tenía que haberse cometido como tres o cuatro días antes.

No quise tocar nada más.

Regresé a la cabaña y descolgué el teléfono. Había una guía y pude llamar a la policía de Santa Magdalena. Se puso un tipo y le dije que quería hablar con el jefe, que resudó llamarse Mike Wilder y se titulaba capitán. Le dije quién era yo y la clase de descubrimiento que había hecho en la cabaña del sargento Alan Russell de Los Ángeles. Me pidió que me estuviese quieto y que en poco rato estarían allí.

Salí fuera y me acerqué a mi coche, donde guardo siempre una botella de *whisky*.

Al cabo de media hora oí la sirena del coche de la policía. Saltaron cuatro hombres. Uno de ellos muy alto y robusto.

—¿John Foster? —Ladró.

—Yo soy, capitán.

Los tres hombres que iban con él eran del tipo de policía pueblerino.

—Déjeme ver su tarjeta de identidad —siguió ladrando el

capitán Wilder. Se la enseñé y él la tomó como una sardina pasada.

—Está bien —dijo devolviéndomela de mala gana—. Veamos el cadáver.

Todos fuimos a la cabaña y, el capitán, después de observar el fiambre, dijo:

—Es Alan Russell.

Me hizo una señal con la cabeza y mientras sus hombres trabajaban salimos de la cochera.

El capitán Wilder miró el lago y dijo:

—A estas horas el lago tiene un bonito color azul.

—Muy hermoso —dije.

Me miró como si una avispa le hubiese picado en el cogote.

—¿A qué infiernos vino a la cabaña?

—A hablar con Russell.

—¿Sobre qué?

—Estoy trabajando para un cliente.

—¿Esas tenemos?

—Esas tenemos.

Sonrió y no me gustó su sonrisa.

—¿Dónde está la chica? —preguntó mirándome fijamente a los ojos.

—¿La chica? ¿Qué chica, capitán Wilder?

—No se haga de nuevas. Usted vino buscando a la chica que acompañaba a Russell.

—No sabía que a Russell le acompañase nadie. Óigame, capitán, ni siquiera conocía a Russell.

—Cuentos, fábulas. Eso es lo que escupen ustedes los investigadores de la ciudad.

—A veces también somos sinceros.

—¿Cuándo?

—Cuando nos pregunta un capitán de policía.

—No haga chistes, Foster. No me gusta oírlos cuando trabajo.

—Como quiera.

—Volvamos a la chica. Russell llegó aquí hace cuatro días. Lo vi llegar a Santa Magdalena y nos saludamos. Y también vi a la muchacha que viajaba con él en su automóvil.

—¿Se la presentó?

—No, no me la presentó.

—¿Cómo era ella?

—Morena, de unos veintiún años, ojos azules. Muy bonita. Se cubría con un vestido verde.

Su descripción correspondía a la de Stella Dawe, y Stella se había marchado de Los Ángeles con un vestido verde cuatro días antes, justo el mismo día que el capitán había visto a Russell con su compañera en Santa Magdalena.

—¿Qué está pensando, Foster?

—En la mujer que me ha descrito. Pero nunca la vi.

Era una verdad relativa puesto que yo la había visto en una fotografía. El capitán Wilder soltó un salvazo al suelo.

—Esto nos va a dar mala fama.

—Lo siento.

—Puedo detenerlo, Foster.

—¿Bajo qué cargo?

—Pero no le voy a detener.

—Muy amable.

—Con una condición.

—¿Cuál es?

—Dígame sólo de qué quería hablar con el sargento Russell.

—Quería preguntarle si había visto a una joven.

—¿Quizá la que yo vi con él?

—No puedo asegurárselo, puesto que yo no estaba en Santa Magdalena, para identificarla.

—Es usted muy sutil, Foster.

—No me gustaría nada que una persona pagase por lo que ha hecho otra.

—Puede marcharse. Pero le molestarán, Foster. Y ya sabe quiénes, los compañeros de Russell, en Los Ángeles. Tendrá que enfrentarse con ellos.

Un hombre salió de la cabaña.

—¿Cuál es su informe, doctor? —le preguntó Wilder.

—Sólo le puedo decir, de momento, que la víctima murió hace cuatro días y que le hundieron la base del cráneo con un atizador del fuego. El agente Dixon encontró el arma entre la leña.

Wilder me miró a los ojos:

—¿Qué hace aquí todavía, Foster?

—Hasta la vista.

—No vuelva si no le llamo.

—Como quiera, capitán.

Subí a mi auto y me alejé pero me detuve dos millas más allá, en el motel, que se componía de una oficina y una docena de *bungalows*.

Entré en la oficina. Tendido en un sofá, había un hombre con un periódico sobre la cara, durmiendo. Me acerqué a él y levantó el periódico.

Era un tipo de unos cincuenta años, de cara fea y nariz aplastada. Abrió los ojos y empezó a quejarse.

—¿Quién demonios es usted?

—John Foster.

Puso los pies en el suelo. Se restregó los ojos.

—Soy Barry Carter —dijo—. ¿Quiere un *bungalow*?

—Estoy buscando al sargento Russell.

—Su cabaña está a dos millas de aquí.

—Russell está con una muchacha y, según entendí ella se alojaría en el motel.

—No, no se alojó aquí. Ella está con Russell en la cabaña.

—¿Cuándo los vio?

—¿Por qué hace esas preguntas?

Saqué un billete de a cinco dólares y se lo alargué. Tomó el billete, lo alisó con dos dedos y dijo:

—Los vi hace cuatro días. Se detuvieron en el camino a la cabaña. Me compraron dos botellas de champaña francés. No las hay en Santa Magdalena, ¿sabe? A mí me las trae un primo que tiene un camión.

—¿Vio a la chica?

—Claro que la vi.

—¿Recuerda su nombre?

—Él la llamó Stella.

Cerré los ojos y los volví a abrir.

—¿Cómo iba vestida?

—Espere un momento —se pellizcó el mentón—. Sí, un vestido verde.

El capitán Wilder se informaría muy pronto de que la compañera de Russell se llamaba Stella, lo diría a Los Ángeles y la máquina policiaca se pondría en marcha para encontrar a la joven.

—¿Notó algo raro cuando vio al sargento Russell y a esa chica?

—Todo lo contrario. Parecían alegres. Sólo estuvieron aquí unos minutos. Le di las botellas al señor Russell, me pagó y se fueron.

—¿No ha vuelto a verlos?

—No, señor.

—¿Tampoco a ella?

—No.

Me largué antes de que llegase el capitán Wilder y continuó mi camino a Los Ángeles. Llegué al negocio de Peter Williams cuando faltaban pocos minutos para que lo cerrasen.

Williams estaba atendiendo a un cliente que quería comprar una caña de pescar. Le estaba mostrando varios modelos.

Williams me vio y me hizo una señal para que esperase.

Yo tenía todo el tiempo del mundo para esperar, pero alguien no lo tenía. Stella Dawe. Al fin el cliente se marchó con la caña que le recomendó Peter.

Williams se acercó enjugándose el sudor de la cara con un pañuelo.

—¿Logró algo?

—Bastante.

—¿Ya encontró a Stella?

—No. Sólo encontré un cadáver.

—¡Dios mío! —Se puso pálido.

—No es el cadáver de Stella —dije.

—¡Por todos los santos del Cielo! ¡Creí que era ella!

—Era el cadáver de un sargento de detectives. ¿Sabe quién es?

—¡Oh, no! ¿Por qué iba a saberlo?

—Se llamaba Alan Russell y era amigo de Stella.

—Debió ser amigo de Stella antes de que me conociese.

—El sargento la conoció antes que usted. Pero hace cuatro días se fueron juntos a una cabaña del lago Magdalena.

—¿Qué me está diciendo, señor Foster?

—Lo que oye. Ella y Alan Russell se fueron a pasar juntos unas vacaciones. O al menos pensaban pasar juntos parte de las vacaciones en esa cabaña. Pero apenas llegaron se cometió un crimen. Y la víctima fue el sargento Russell.

—¿Y Stella?

—Stella se hizo humo.

Williams cruzó la estancia y fui detrás de él.

Se metió en la oficina y se sirvió un vaso de agua. Luego se dejó caer en un sillón y se aflojó el nudo de la corbata.

—Señor Foster, ¿quiere decir que Stella mató a ese detective?

—Todo apunta contra ella.

—Oh, no, Stella no es una asesina.

—El capitán de policía de Santa Magdalena los vio juntos al llegar al pueblo. Y se le quedó grabado el rostro de Stella y hasta su vestido verde. Pero hay algo más. También fueron vistos por Barry Carter, un tipo que tiene un motel a dos millas de la cabaña donde se cometió el crimen. Y también él recuerda a la compañera que viajaba con Russell.

—Pobre Stella.

—O pobre de usted.

—Será un golpe muy duro para mí. Quiero a Stella. ¿Lo entiende? Y no puedo verla metida en la cárcel.

—Podrían meterlo a usted en lugar de a ella, y ya no sería el golpe tan duro.

—¿Qué está diciendo, señor Foster?

—¿Mató usted al sargento Russell?

—¡Señor Foster!

—Pudo matarlo. Por celos.

—Qué tontería.

—Pudo seguirlos a la cabaña y aprovechar cualquier momento para romper el cráneo de Russell. A un hombre muy forzado le bastaría con un golpe. Y usted tiene toda la fuerza que se necesita para manejar una sola vez un atizador de fuego.

—Está diciendo barbaridades, señor Foster.

—Luego me contrató a mí porque imaginó que, buscando a Stella, llegaría a encontrar el cadáver.

—No, no lo contraté por eso.

—Han pasado cuatro días y, si usted mató a Russell, ha debido pasar esos cuatro días muy nervioso consultando los periódicos, esperando leer la noticia de que alguien había descubierto el cadáver.

—¡No!

—Hasta pudo matarlo esperando que Stella cargase con el crimen. Después de todo, su amor por ella se vio traicionado. ¿Y

qué le ocurrió entonces? Que odió a Stella y decidió vengarse. Y la mejor forma de vengarse sería matar al hombre con que Stella le engañaba, y endosarle a la muchacha el asesinato.

—¡No...! ¡Mil veces no! ¡Se equivoca!

—Demuéstreme que me equivoco.

—¡Yo no maté a ese hombre!

—No me sirven sus palabras, señor Williams. Dígame, ¿dónde estuvo hace cuatro días, el martes pasado?

—Estuve en la ciudad.

—¿Qué hizo?

—Atendí mi tienda.

—¿Todo el día?

—Sí, todo el día.

—¿A qué hora cerró?

—A las cinco.

—¿Y luego? ¿Qué hizo luego?

—Me fui a casa.

—¿Quién hay en su casa?

—No hay nadie. Vivo solo.

—¿Lo vio alguien llegar?

—No, creo que no.

—¿Se quedó en su casa?

—No. Ya se lo dije. Fui a por Stella.

—Sí, fue por Stella, no la encontró y preguntó al encargado y él le dijo que la había visto salir con un vestido verde.

—Así es.

—¿A qué hora la vio salir?

—Hacia las once.

—De acuerdo. El encargado le dijo que Stella se había largado. ¿Qué hizo usted entonces?

—Regresé a casa y estuve telefoneando al departamento de Stella pero nadie contestó a mi llamada.

—Eso no lo puede probar. Pudo ir a la cabaña de Russell.

—No conocía la existencia del sargento Russell ni la de esa maldita cabaña. Luego recordé el club Estambul. Y ya le dije que pensé que Stella habría ido allí para celebrar su matrimonio con su amiga Bárbara Sorrell. Por eso fui al club. Pero Bárbara no sabía nada de Stella. No la había visto allí.

—¿Volvió a su casa?

—No. Estuve paseando.

—¿Por dónde?

—Por ahí.

—¿Encontró a alguien?

—No.

—¿Algún amigo?

—No, le he dicho que no me encontré a nadie.

—Pudo llegarse a la cabaña del lago de Santa Magdalena. Tenía, casi toda la tarde y toda la noche para ir a la cabaña y matar a Russell.

Se enjugó otra vez el sudor de la cara con el pañuelo, y contestó entre jadeos:

—No, señor Foster. No maté al sargento Russell. Puedo jurárselo.

—Es preferible que me haya dicho la verdad.

Me dirigí hacia la puerta.

—Señor Foster.

Di la vuelta y lo miré con las cejas enarcadas.

—Ahora la policía buscará a Stella.

—De eso no tengo la menor duda.

—Y la culparán de la muerte del sargento de detectives.

—No tienen otro culpable.

—Stella no lo pudo matar.

—¿Por qué no? Y no me vuelva a repetir que ella no es una asesina.

—Señor Foster, usted, debe encontrarla antes que ellos.

—Lo intentaré.

—Le daré mil dólares, además de sus honorarios, si logra encontrar a Stella antes que la policía.

No le quise preguntar qué haría con Stella si yo la encontraba antes que la policía. Nunca me ha gustado preocuparme por el futuro.

—Hasta luego, señor Williams.

Salí de la tienda de artículos de pesca. Sólo tenía un sitio donde ir en busca de Stella. El apartamento de Bárbara Sorrell, la casa con jardín que ya había visitado una vez.

Me metí en el coche y lo puse en marcha. De pronto sentí un ruido a mis espaldas.

Llevaba un polizón a bordo y el polizón utilizaba algo que me puso en el cuello.

—No me gusta que me apunten con la pistola —dije.

El tipo que estaba detrás rió.

—Usted es todo un adivino, sabueso.

—¿Con quién hablo?

—Adivínelo también.

Desvié el coche hacia la acera.

—Eso no, sabueso. Si no quiere que lo decapite.

Yo no quería perder la cabeza. Moví otra vez el volante y continuamos como los demás coches, ordenadamente.

Había mirado por el espejo retrovisor pero aún no había visto al tipo. Ahora se dejó ver.

Era huesudo, con los pómulos altos, los ojos brillantes, la nariz aguileña.

—¿Dónde le dejo? —le pregunté como si fuese un viajero amigo.

—Vaya al cementerio del Este —contestó.

El huesudo quería celebrar un funeral. El mío.

CAPÍTULO V

Yo tenía una pistola pero no la llevaba encima. Estaba en la guantera, a la derecha del tablero de mandos.

Alargué la mano hacia la guantera.

—¿Qué va a hacer? —preguntó el asesino.

—Quiero fumar.

—No lo haga. Es malo para la salud.

Era un tipo muy atento. O quizá pertenecía a la liga antifumadora, ya saben, de esos que se preocupan por si el tabaco produce cáncer.

Estábamos viajando hacia el cementerio del Este.

Era un cementerio muy hermoso. Yo lo había visitado varias veces acompañando los restos de un amigo o los de un hijo de perra al que yo había mandado al infierno.

Y ahora serían mis restos los que reposarían en aquel hermoso lugar, si no lo impedía.

¿Y de qué forma podría impedirlo?

—¿Puedo preguntar? —dije.

—Pregunte.

—¿Por, qué me quiere liquidar?

—Usted es un enredador.

—No me diga.

—Sí, muchacho, usted lo enreda todo.

—Sólo estoy buscando a una mujer.

—Todos buscamos a una mujer. Pero ¿sabe lo que le digo? Que la mayoría de las veces, esa mujer es la que lo pierde a uno.

El tipo era filósofo:

—Todavía no me ha dicho el nombre de su patrón.

—¿Espera que se lo diga?

—Si me va a liquidar, no debe tener inconveniente.

—Para ser investigador privado es usted bastante bobo.

—Estupendo. No me lo diga, y así podré hacer un trato con usted.

—¿Cuál trato?

—Saldré de Los Ángeles esta misma noche. Tengo un primo en Alaska y me ha invitado varias veces a pasar unos días con él.

—No vale.

—Tengo una prima en Río de Janeiro. Me ha sugerido varias veces que me reúna con ella para bailar la samba.

—Se queda sin ver Copacabana.

—¿Y qué me dice de Francia? También tengo un primo en Marsella. Toca el acordeón. Y hace mucho tiempo que quiero aprender a tocar ese instrumento.

—Yo aprendí a tocar la guitarra.

—¿Y qué tal lo hace?

—No lo hago mal.

—Me gustaría comprobarlo. Nos vamos a su casa y tomamos unos *whiskys* mientras toca eso, de Mariquilla Linda.

—Yo tengo otra canción favorita. Vaya con Dios, amigo.

—Usted es todo un carácter. Se le nota una buena persona.

Estábamos llegando al cementerio del Este y disminuí la velocidad.

—¿Por qué se detiene? —preguntó.

—No me gusta ver las tumbas.

—No rechiste y métase por el portón.

Me metí por el portón.

El sol se estaba ocultando y las sombras se apoderaban del cementerio.

—Vaya por la colina de la derecha, Foster.

—Oiga, amigo, está cometiendo un error.

—Usted fue el que lo cometió.

—Se lo admitiré.

—No se ablande, muchacho.

—Hombre, es que cada vez que me dicen que me van a matar me pongo como un bizcocho.

Se echó a reír.

—Eso tuvo gracia. Se lo contaré a mis amigos.

—¿Por qué no vamos con ellos y armamos una partida de póquer?

—Desvíese hacia la izquierda.

Habíamos subido la colina y tiré por donde él quería.

No se veía un alma a aquella hora, ni siquiera una expedición de socorro para salvar a John Foster.

—Ya estamos llegando —dijo Huesos.

—Pasaremos de largo. Ahora me estoy acordando de Mary. ¿Le he dicho que Mary es una chica con unas curvas que dan escalofríos? Se la presentaré.

—Lo dejaremos para otro día.

—¿Cree que habrá otro día?

—Deténgase en la hondonada.

Vi la hondonada. Era el lugar más indicado para meterme una bala en los sesos.

—Escuche bien, Foster. Usted detendrá el coche. Abrirá la portezuela pero se estará quieto. ¿Lo entendió?

—Sí, claro.

Había un agujero a la espera de recibir un muerto. Yo debía pasar junto al borde pero hice girar el volante.

La rueda izquierda delantera se metió en el agujero. El morro del coche se precipitó hacia abajo.

Tenía que moverme muy aprisa.

El asesino hizo fuego, pero yo no tenía la cabeza en el mismo sitio.

La portezuela de la izquierda se abrió con el golpe y me arrojé por ella. Rodé por un montículo de arena.

El asesino estaba pegando chillidos. Deseó que se hubiese roto las narices. Abrió la portezuela pero se encontró con el agujero. Tuve que darme impulso y seguir rodando.

El asesino abrió la otra portezuela.

Aproveché aquellos segundos para correr como un gamo por entre las tumbas.

Me detuve detrás de una gran cruz de mármol. A cada lado de la cruz había un ángel. Allí me quedé conteniendo la respiración.

El asesino apareció mirando a un lado y a otro, soltando imprecaciones.

—Foster.

No le iba a decir donde estaba y continué en silencio.

—Foster, se equivocó. No lo traje aquí para liquidarlo.

Estaba claro que me había llevado allí para darme chocolate con buñuelos. Seguramente yo estaba equivocado y en el cementerio del Este se hacía mejor el chocolate con buñuelos que en el barrio mexicano.

Se marchó hacia la izquierda.

Yo inicié el regreso al coche porque tenía que atrapar mi quitapenas. De pronto me descubrió e hizo un disparo.

Corrí como antes. Le había sacado ventaja y pude llegar al coche y apoderarme de la pistola.

Oí una risa de loco. Era la mía. Me reía porque ya tenía un arma con la que enfrentarme al huesudo.

Él se dio cuenta de que estábamos parejos y buscó refugio detrás de una sepultura.

Me arrodillé detrás del capot trasero.

—¿Estás ahí, Huesos? —grité para localizarle.

—Es una tontería que usted y yo peleemos, Foster.

—Claro. Tú y yo nos deberíamos de dar besitos.

—No me interesa seguir esta partida.

—Buen chico. Sí, señor, buen chico.

—Me largo, Foster.

—Buen viaje, Huesos.

Se lo iba a creer su madre. Ella sería una santa, pero él era un hijo de perra. Hubo un silencio. El silencio de los muertos.

Mi enemigo no debía pesar más de cincuenta kilos, y lo imaginé reptando como una lombriz por la tierra.

Traté de pensar con su pequeño cerebro. Si yo estaba en el capot trasero, él no vendría por ese lado. Me daría la sorpresa por el morro hundido. Pero podía equivocarme.

Lo estuve esperando como diez minutos y no aparecía. Atrapé un terrón y lo arrojé hacia el capot delantero.

El tipo surgió como el muñeco que brota de la caja de sorpresas.

Apreté el gatillo antes que él. La bala le golpeó en la cabeza y lo arrojó de espaldas. Disparó cuando se estaba derrumbando y su proyectil hizo una desconchadura en el pecho de una señora de mármol que tocaba el arpa.

Di la vuelta al auto y lo vi boca arriba. Tenía la cara deshecha, pero había tenido suerte porque estaba justo donde debía estar. En el cementerio.

Lo registré. Tenía unos cincuenta dólares y una tarjeta de identidad expedida por el Sindicato de Camioneros. Se llamaba Marlon Rogers.

Se lo dejó todo en el bolsillo, incluido los dólares, aunque no le iban a hacer falta para aquel viaje.

Volví a mi coche. Haría falta una grúa para sacarlo de allí. Saqué mi cartera de documentos y me alejé de aquel lugar.

Tomé un taxi y le di al conductor la dirección de Bárbara. Me abrió ella.

—¿Usted otra vez, señor Foster?

—Olvidé algo.

—Lo siento pero debo ir al club. Me gano la vida allí.

—Terminaré enseguida. Me hizo pasar de mala gana.

—Dígale a Stella que salga. Y espere saber esto antes de contestarme que su amiga no está aquí. La policía la busca para acusarla de un asesinato.

Se oyeron pasos junto al vestíbulo y volví la cabeza.

CAPÍTULO VI

No, no apareció Stella.

Era Rock Connelly, el dueño del club Estambul.

—Hola, Foster —dijo—. Tenía ganas de verlo.

—Pero no esperaba que ocurriese tan pronto. Ha sufrido una baja en su equipo.

—¿A quién se refiere?

—A Marlon Rogers.

—No conozco a ningún Marlon Rogers.

—Trabajó en los camiones pero últimamente le daba gusto al gatillo. Se lo dejé en el cementerio del Este, pero no se lo muestre a ningún familiar porque no lo va a identificar.

—¿De qué infiernos me está hablando?

—Usted me quiso retirar de la circulación.

—No diga estupideces, Foster. Hasta ahora no me metí con usted, pero ya va siendo hora de que me conozca.

Hizo chasquear los dedos y entraron dos hombres.

No hacía falta ser un lince para saber que aquellos tipos eran matones. Connelly sonrió mientras hacía las presentaciones.

—Éste es Tom y éste es Joe.

Tom poseía la cabeza muy pequeña, y Joe tenía la nariz hecha una lástima debido a los puñetazos que había recibido en el *ring*.

—Tanto gusto —dije, aunque ninguno de los dos me gustaba nada.

Connelly me apuntó con el dedo.

—Nosotros también estamos buscando a Stella.

—Se preocupa mucho por las chicas que trabajaron para usted, Connelly.

—Hay otra razón para que la busque.

—¿Cuál?

—Un millón de dólares.

—No me diga que Stella hizo un asalto a su caja.

—No, Foster, no fue dinero. Pero, para mí, como si lo fuese.

—¿Le robó las alhajas de su amiguita?

—Droga.

—¿Eh?

—Un millón de dólares en droga.

Me eché a reír.

—Connelly, es usted el tipo más original que he conocido. Me dice con toda tranquilidad que le han robado un millón de dólares en droga. También sonrió.

—Se lo digo porque se trata de un secreto que usted y yo vamos a compartir.

—¿Y dice que Stella le robó la droga?

—No, no fue Stella, sino cierto sargento de detectives.

—¿Alan Russell?

—Exacto.

—¿Debo suponer que está confesando un asesinato, Connelly?

—No maté a Russell, ni tampoco lo mató ninguno de mis hombres. Eso fue cosa de Stella. Quiso hacer el negocio de su vida. Pero yo le voy a demostrar que ha hecho el peor.

—No se precipite, Connelly. ¿Cómo pudo Russell limpiarle un millón de dólares en droga?

—De la forma más sencilla. Asaltando el camión en que se transportaba la mercancía.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace cinco días.

—¿Dónde?

—En Santa Mónica, en un camino vecinal, cerca del Pozo del Ciego. En el camión iban dos hombres. Habían puesto un coche en mitad del camino como si hubiese sufrido una avería. El camión se detuvo y entonces apareció un tipo con la cabeza envuelta en una media. Resultó fácil para él recibir la mercancía porque sabía que los dos muchachos la llevaban. Luego golpeó a mis dos empleados dejándolos sin conocimiento y se largó.

—¿Cómo sabe que fue Russell?

—Russell conocía la ruta de la droga.

—Así que le pagaban soborno.

—Sí.

—Eso no prueba que lo hiciese él.

—Ningún otro se habría atrevido.

—Pudo ser un lobo solitario.

—Se acabaron los lobos solitarios en estos negocios, señor Foster. Todo está organizado como la maquinaria de un reloj. Yo conocía bien a Russell. Era un tipo ambicioso y poco de fiar.

—¿Por qué entonces lo tenía en su nómina?

—Me llegó recomendado hace tiempo y uno no puede elegir entre los policías. Russell llevaba trabajando para mí desde hace más de cinco años. Todo fue bien hasta que se le ocurrió pegar este golpe.

—Sigue sin convencerme con respecto a la culpabilidad de Russell.

—Stella trabajaba en el club y ellos dos habían sido amigos íntimos. Russell tenía pensado pegar el golpe y largarse con ella.

—¿Otra suposición?

—Se fueron juntos hace cuatro días a la cabaña que Russell poseía en Santa Magdalena.

—De modo que sabe eso y dice que ni usted ni sus hombres lo mataron.

—Cuando mis hombres llegaron a la cabaña, Russell ya estaba muerto.

—¿Y Stella?

—Había desaparecido.

—Y eso quiere decir que Stella mató a Russell por la droga y luego ella emprendió la huida con la mercancía.

—Así pasaron las cosas.

—No tiene ni una sola prueba, Connelly.

—A mí me basta.

—Suponiendo que acertase, han pasado cuatro días. Imagino que usted habrá vuelto a la ciudad del revés y no ha encontrado a la muchacha. Ella puede estar en Nueva Zelanda.

—No.

—¿Por qué no?

—Desde que se cometió el robo hemos estado vigilando los aeropuertos, las carreteras. La Organización ha puesto en marcha todos sus recursos. Stella tiene que estar en Los Ángeles o en los alrededores.

Bárbara había encendido un cigarrillo y nos escuchaba atentamente. Ella era la amiga de Stella, pero estaba jugando a favor de su patrón. Era lógico. Si no lo había hecho por su propio impulso, la habrían amenazado con arrojarle ácido a la cara. Aquellos tipos eran muy convincentes y, si Connelly estaba traficando con droga, era porque formaba parte de una poderosa máquina a nivel internacional.

Todo aquello era cosa de risa. Yo había empezado a trabajar aquel día en un caso de rutina. Sólo tenía que encontrar a una muchachita con la que un gordo vendedor de artículos de pesca se quería casar. Y ahora estaba metido en una gusanera. Un sargento de detectives había sido asesinado y resultaba que el sargento, Alan Russell, había sido un policía sobornado, y al que acusaban de haber robado drogas por valor de un millón de dólares. Y si Connelly no se equivocaba, la muchachita linda llamada Stella tenía consigo aquella mercancía.

Di unos pasos por la estancia.

Tom y Joe se movieron hacia mí, porque quizá pensaron que me iba a escapar. Me detuve y dije:

—Ordene a sus muñequitos que se estén quietos, Connelly.

No les gustó que les llamasen muñequitos y Tom, que era el que más cerca estaba, levantó el brazo.

—Quieto, Tom —dijo Connelly.

Tom bajó el brazo resignado, aunque vi en sus ojos que le habría gustado estrellármelo en la cara.

—Connelly —rompí el silencio—, según usted, sus hombres descubrieron el cadáver de Russell...

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace tres días.

—¿Dónde estaba el cadáver?

—En la cochera de la cabaña, bajo un montón de leña. Descubrieron el cadáver, y luego lo volvieron a cubrir con los troncos.

—Y Stella ya no estaba allí.

—Claro que no estaba. Nadie se queda a vivir con el hombre que ha asesinado. Además, Stella es lista y debió suponer que la cazarían si se quedaba en la cabaña más de la cuenta. Debió echar a

correr después de matar a Russell.

—¿Qué hacía usted aquí, Connelly?

—Lo estaba esperando.

—¿A mí?

—A usted. Recibimos una llamada de Santa Magdalena anunciándonos su visita, y deduje que usted no tardaría en descubrir el cadáver de Russell y que luego vendría en busca de Bárbara, puesto que ella fue la mejor amiga de Stella, mientras trabajó en el club. Pensé que, puesto que lo ha descubierto todo, usted podría echarme una mano.

—Pero me mandó al Huesos, quiero decir a Marlon Rogers. Si él me mataba, no habría necesidad de que usted me contase nada.

—No sea tonto, Foster. No hacemos esas cosas ahora. Son otros tiempos.

—Entiendo, ahora echan mano al dinero.

—Sí.

—¿Y cuál es su oferta?

—Quiero a Stella y la mercancía. Entrégueme el lote completo y recibirá a cambio veinticinco mil dólares.

—No está mal.

—Póngase a trabajar enseguida.

—Ya estoy trabajando.

—Pero ahora yo soy su cliente.

—De acuerdo, Connelly.

—No piense engañarme. Todos los que lo hacen se arrepienten.

—Avisado.

—Y otra cosa, Foster. No trate de ir con el cuento a la policía. No tiene una sola prueba contra mí. Yo negaré el asalto y que Russell trabajase a mis órdenes. No le serviría de nada, excepto para una cosa.

—Para que me metiesen en la fosa.

—¿Se ha fijado en el número de personas que mueren atropelladas en nuestro país?

—Sí, las estadísticas son aterradoras, Connelly.

—Es que hay gente muy distraída cuando cruza la calle.

—Y yo soy un tipo muy despistado.

—No se tendrá que preocupar por su despiste, Foster. A condición de que juegue limpio.

—Deje de amenazarme, Connelly.

—Me gusta que respeten las reglas y, para ello, es indispensable que usted conozca esas reglas.

—Dígame ahora algo más importante. ¿Por dónde debo buscar?

—Es cosa suya.

—¿Ninguna pista?

—Ninguna. Mis hombres han ido de un lado a otro, pero siguen con las manos vacías.

—Tendrá noticias mías.

—No se entretenga demasiado.

Salí de aquella casa y llevé aire a mis pulmones. Estaba metido en un buen lío. En realidad, las palabras de Connelly significaban que me las tenía que ver con la peor gentuza del país y yo, un investigador privado, estaba trabajando para ellos y no podía ir con el cuento a la policía, porque no tenía ninguna prueba contra Connelly, como él había dicho.

Tenía que seguir buscando a Stella. Aquella mujer se estaba convirtiendo en una obsesión para mí.

Durante las horas siguientes hablé con media docena de tipos que conocían bien todas las cárceles de California. Podía confiar en ellos, a condición de que les sirviese una buena ración de billetes.

A todos ellos les enseñé la fotografía de Stella y prometieron trabajar para dar con la muchacha.

Naturalmente, no les dije que había por medio, droga por valor de un millón de dólares. Eran ya las dos de la mañana cuando, cansado de ir de un lugar a otro, decidí regresar a mi apartamento para dormir un rato.

Abrí la puerta y di la vuelta al conmutador de la luz.

Me detuve mirando el cenicero que había sobre la mesa.

Dentro del cenicero vi la punta de un cigarrillo y era un cigarrillo de una marca que yo no fumaba.

Tuve la impresión de que de un momento a otro me iban a disparar.

Poco a poco moví la mano hacia el bolsillo y agarré la pistola por la culata. Pensé que nunca podría sacar el arma, pero la saqué. Y eso ya fue un alivio.

Quizá el asesino no me había oído llegar. Sí, habían metido en mi apartamento a otro tipo como Marlon Rogers porque éste había

fallado.

La puerta del dormitorio estaba cerrada, pero era el único sitio donde un asesino podría esperar, en el dormitorio o en el cuarto de baño que estaba al lado.

En cuanto hiciese girar el tirador de la puerta, la persona que estuviese al otro lado se pondría a enviarme plomo.

Me deslicé junto a la pared y alargué la mano libre con sumo cuidado. Hice girar el tirador, despacio, muy despacio.

Nadie disparó.

Abrí la puerta y le pegué un pequeño enviñón. Tampoco dispararon.

El asesino tendría que estar en el cuarto de baño. Me deslicé por el hueco.

Ya tenía trazado mi plan. Encendí la luz al mismo tiempo que me ponía a silbar para confiar al asesino.

Entré en la alcoba y empecé a andar hacia el cuarto de baño.

Pero no di más de cuatro pasos.

Sobre mi cama, dormida profundamente, estaba la mujer que yo estaba buscando, Stella Dawe.

CAPÍTULO VII

Me acerqué al lecho.

Stella era mucho más hermosa en persona que vista en fotografía. Su piel era del color del caramelo, y su cabello muy negro, largo, brillaba sobre la almohada.

Sus senos subían y bajaban al compás de su respiración. Ya no se cubría con el vestido verde, sino con uno rojo. Alargué la mano y la puse en su hombro, pero no despertó.

Le apreté el hombro y entonces despertó sobresaltada. Al verme con la pistola gritó:

—¡No dispare!

—No voy a disparar.

Se irguió en la cama, quedando sentada.

—¿Es usted John Foster?

—Sí, y vivo aquí. ¿No lo sabe?

—Claro que lo sé.

—¿Quién se lo dijo?

—Frank Hower.

—¿Cuándo se lo dijo?

—Le telefoneé hace un par de horas y me dijo que usted me estaba buscando por encargo de Peter Williams.

—¿Ha hablado con Williams?

—Claro que no.

—¿Por qué?

—No quiero meterle en esto.

—¿Cómo entró aquí?

—Usando una llave maestra.

—¿La lleva siempre en el bolso?

—No, me la dio un amigo.

—¿Qué amigo?

—¿Qué importa eso?

—Entonces, empiece a decirme por qué vino aquí.

—Para que me ayude.

Me eché a reír y ella me miró un poco encolerizada.

—¿He dicho algún chiste?

—El mejor de todos.

—¿Por qué?

—Tengo ya dos clientes. A Peter Williams y a Rock Connelly. Y ahora quiere apuntarse usted también en la lista. A mi secretaria le haría mucha gracia. A veces nos pasamos semanas enteras sin que nadie nos encargue un caso.

—¿Dice que Rock Connelly es su cliente?

—Sí.

—¿Y qué es lo que él quiere?

—A usted.

—¿A mí? No le entiendo. ¿Por qué?

Reí otra vez.

—Oiga, Stella, no juguemos al ratón y al gato. Usted sabe por qué la busca Connelly.

—Maldita sea, no lo sé.

—Por un millón de dólares.

—¿Un qué?

—Como si no lo supiese.

—Está loco, señor Foster. ¿Cómo voy a tener yo un millón de dólares?

—No lo tiene en efectivo.

—¿Y cómo lo tengo? ¿En lingotes de oro?

—En droga.

Stella arrugó el entrecejo.

—Señor Foster, es lo más absurdo que he oído en mi vida.

—Déjese de pamplinas. Usted lo sabe todo.

—¿Qué es lo que supone que sé?

—Alan Russell le robó a Rock Connelly droga por valor de un millón de dólares.

—Oh, no.

—Usted se largó con Russell a su cabaña. Alan le debió contar la clase de negocio que acababa de hacer. Ustedes se las prometían muy felices. Tenían un millón de dólares que compartir. Y decidieron brindar con champaña francés. No les bastaba con

whisky. Era una ocasión muy solemne.

—Sólo está diciendo tonterías.

—Le estoy contando lo que pasó.

—No hay ni pizca de verdad en lo que ha contado.

—La busca mucha gente, Stella.

—Sólo creí que me buscaría la policía.

—Vaya, menos mal que lo reconoce.

—Green que yo maté a Russell.

—También lo cree Connelly.

—¿Y usted, señor Foster?

—Soy muy humano y comprendo los defectos. Usted es de carne y hueso. Y se preguntó por qué tenía que repartir un millón de dólares con Russell. Sería suyo hasta el último centavo.

Saltó de la cama y se estiró la falda.

—Ya veo que perdí mi tiempo. Usted también cree que yo maté a Russell.

—¿Debo rectificar?

—No vale la pena que le cuente nada.

—Oh, claro. Sé lo que me va a decir. Alan Russell era un hombre con muchos complejos. Se decidió a pegar un asalto que le valió un millón de dólares. Y cuando estuvo en la cabaña del lago, con usted, pensó en lo malo que había sido y decidió imponerse el castigo él mismo. Y sólo se le ocurrió coger un atizador de fuego y romperse el cráneo.

—Adiós, señor Foster.

Echó a andar y salió del dormitorio.

Yo fui detrás de ella y la atrapé por el brazo, en el centro del *living*, y la hice volver bruscamente.

—¿Por qué se va?

—Creí que me iba a ayudar, y como fracasé, me largo.

—No sea ingenua. Me están pagando para que le eche mano. Y ya la tengo en mi poder.

Rió con sarcasmo.

—¿Y a quién me va a entregar, señor Foster? ¿A Rock Connelly para que me atormente hasta hacerme confesar dónde guardé la droga? ¿A la policía para que me encierren por la muerte de Alan Russell? ¿O me va a entregar a Peter Williams para que me case con él?

Era una mujer desconcertante. Tenía una gran sangre fría. La buscaba mucha gente, demasiada, y algunos la despedazarían, como ella misma suponía, y allí estaba desafiándome, esperando mi respuesta.

—Un hermoso discurso —dije.

—Pues ya lo terminé. Ahora le toca a usted.

—¿Por qué dejó a Williams?

—Porque me dio lástima.

—Se iba a casar con él.

—No me iba a casar con él.

—Usted salió del club por Peter.

—Sí.

—Aceptó el apartamento que él alquiló para usted.

—Sí.

—¿Por qué?

—Para desplumarle.

—Con que admite eso.

—Lo admito porque es la verdad.

—¿Y por qué se fue de su lado?

—Porque me arrepentí.

—Llame a otra puerta, hermana.

Me soltó una bofetada que sonó como un cohete. Logró quedar libre y echó a correr hacia la puerta. Yo corría tras de ella. Había logrado abrir, pero me eché sobre Stella, y con el peso de ambos, la puerta se cerró de golpe.

Quedé sobre Stella, aplastándola.

—Me está ahogando, bruto.

Respiré su aroma. Olía a jazmín. Me di cuenta de que tenía mi mano derecha sobre su cuello, y la estaba apretando.

Aparté aquella mano.

—Quiero que se quede, Stella.

—¿Para qué?

—Usted y yo tenemos que seguir hablando.

—¿Vale la pena?

—Deje que sea yo quien lo decida.

—Usted me ha colocado una etiqueta, señor Foster. Y yo sé lo que dice esa etiqueta: «Una cualquiera».

—No soy culpable, si la juzgo de esa manera. No la he conocido

hasta ahora. Sólo tuve referencias y todo lo que me dijeron de usted es bastante feo.

—Pero usted no está dispuesto a creerme.

—¿Por qué se fue con Alan Russell?

—No quería seguir con Williams. Tampoco quería volver al club. Quería trabajar en un negocio honrado. Llamé a Russell. Era sargento de detectives y había prometido ayudarme si alguna vez lo necesitaba. Y esta vez lo necesitaba más que nada en el mundo. Él conocía a mucha gente y me podría conseguir una colocación honrada.

—¿Cuándo lo llamó?

—Hace cinco días, cuando decidí romper con Williams. Russell me dijo que me buscaría un empleo. Al día siguiente me llamó para decirme que estaba todo arreglado. Empezaría a trabajar el lunes siguiente en una oficina. Me dijo que estaba de vacaciones y me invitó a ir a su cabaña para celebrarlo. Regresaríamos por la noche. No vi inconveniente y me fui con él a Santa Magdalena...

—Y allí la vio el capitán de policía.

—Sí.

—Y se detuvieron en el motel de Carter para comprar dos botellas de champán.

—Sí.

—¿Qué pasó cuando llegaron a la cabaña?

TERCERA PARTE

CAPÍTULO VIII

Stella se mojó los labios con la lengua y contestó:

—Russell sugirió que nos pusiésemos el bañador. Estuvimos nadando un rato en el lago. Luego, nos tendimos al sol. En un momento determinado, Alan dijo que se iba a la cabaña a por una botella de *whisky*. Yo me quedé allí, tendida en la arena. Pasó un buen rato y Alan no regresaba. Entonces, entré en la cabaña. Busqué a Alan, pero no lo encontré. La cochera estaba entreabierta. Fui allí y...

—Continúe...

—Alan Russell estaba muerto. Fue horrible verlo con la cabeza destrozada.

—¿Y el asesino?

—No vi a nadie.

—Debió oír el ruido de un auto.

—Recordé que lo había oído antes, cuando estaba tomando el sol. Pero no le di importancia. La carretera está detrás de la cabaña.

—¿Qué más?

—Me di cuenta de cuál era mi situación. Tenía que alejarme de allí cuanto antes. Nadie me creería si decía que era inocente, que yo no había matado a Russell. Me había visto el capitán de la policía de Santa Magdalena. Y el dueño del motel... Tenía que ganar tiempo y por ello metí el cadáver entre la leña. Luego cerré la cochera con el candado. Me vestí en la cabaña y me fui andando hacia la carretera. Seguí la dirección inversa de Santa Magdalena, y al cabo de media hora, pasó un coche. Lo conducía un hombre de unos cincuenta años. Iba a Los Ángeles. Le pedí que me llevase y no tuvo inconveniente...

Guardó un silencio.

Había estado observando atentamente su bonito rostro, mientras hablaba.

—¿Qué me dice de la droga?

—No sé nada de la droga.

—¿No le habló Russell de su negocio?

—No me dijo una palabra. Yo sólo fui allí para pasar la tarde con él, para agradecerle la colocación que me iba a proporcionar.

—Ahora creo que me mintió.

—¿Cree de verdad que le buscó la colocación?

—¿Adónde fue cuando llegó a Los Ángeles?

—A casa de un amigo.

—¿El que le proporcionó la llave maestra?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Él ya ha hecho bastante por mí y no quiero que nadie le moleste.

—¿Su nuevo amiguito?

Apretó los puños contra los muslos. Tenía ganas de abofetearme otra vez.

—Mi amigo tiene sesenta y cinco años...

—De acuerdo. Tiene sesenta y cinco años.

—Muy amable por aceptarlo.

—Me puede estar colocando una historia.

—¿Por qué iba a hacer yo tal cosa? Si tuviese esa droga por valor de un millón de dólares, ¿para qué lo necesitaba a usted? Con un millón de dólares, me habría buscado otra clase de ayuda.

Sí, aquello era cierto. Hay gente más importante que yo y que, a cambio de una parte del botín, habría ayudado a Stella para salir del agujero en que se había metido.

—¿Sabía usted que el sargento Russell recibía dinero de Connelly?

—No, no lo sabía.

—El sargento Russell aceptaba el soborno de Connelly a cambio de una protección. Pero Russell, decidió dar un golpe por su cuenta. Asaltó un camión de Connelly en que se transportaba droga por valor de un millón de dólares.

—Eso es absurdo.

—¿Por qué absurdo?

—Russell debió suponer que Connelly no se estaría quieto.

—Russell se enmascaró con una media.

—Si se enmascaró con una media, ¿quién lo reconoció?

—Connelly dice que fue Russell. El sargento conocía el camino que debía seguir el camión en que se transportaba la droga. El sargento era un tipo ambicioso y poco de fiar, a pesar de que lo tenía Connelly cinco años en su nómina. Y Connelly agregó que él y usted se habían largado juntos para disfrutar del millón. Y por último que usted decidió quedarse con todo. Según Connelly, cuando sus hombres llegaron a la cabaña, Russell ya estaba muerto y usted se había largado.

—Con la droga.

—Sí, es lo que está dispuesto a jurar Connelly.

—Es posible que Russell fuese el salteador, pero no me dijo nada. Yo ignoraba absolutamente todo lo que había pasado con respecto a ese robo.

—Hábleme de Russell, del rato que estuvieron juntos. ¿Cómo procedió?

—Estaba muy optimista.

—¿Era corriente en él estar tan optimista?

—La verdad es que no. Russell se había vuelto muy huraño. Había sido un hombre de buen humor, pero últimamente lo veía preocupado.

—¿Por qué?

—No se lo pregunté ni él me lo dijo.

—Y ese día, en la cabaña, estaba muy alegre.

—Sí.

—Porque tenía la droga que valía para él un millón.

—No lo sé.

Hubo un silencio y luego, ella dijo:

—¿Me deja marchar ahora?

—No.

—Entiendo. Me va a entregar.

—No, Stella, no le voy a entregar a nadie. Pero tampoco puede quedarse aquí porque no tardará mucho en llegar la policía. Vámonos.

—¿Adónde?

—La dejaré en casa de una amiga.

Salimos del apartamento. No había nadie a la vista, en la calle, y nos metimos en el coche.

Empezamos a viajar.

Stella encendió un cigarrillo y rompió el silencio.

—Estoy pensando que se está comprometiendo mucho, señor Foster.

—No tiene importancia.

—Si Connelly se entera de que me ha dado refugio, sospechará que va recibir parte del supuesto millón que yo tengo.

—Es posible.

—Y lo matará.

—Que lo intente —contesté, pero sentí un escalofrío recordando la amenaza de Connelly, que yo podía morir aplastado por un camión o por un automóvil. Stella prosiguió:

—También le querrán ajustar las cuentas los de la policía.

—Oiga, Stella, vino en mi busca para que la ayudase, y es lo que estoy haciendo. Usted debió pensar que yo iba a correr un riesgo.

—Sí.

—Pues es lo que está ocurriendo.

—Pero yo no sabía todo lo relacionado con Connelly, Russell y esa droga. Le tengo más miedo a Connelly que a la policía.

—Y yo también.

—Entonces, ¿por qué no me deja marchar?

—¿Y qué haría? ¿Ir en busca de su amigo el anciano...?

—No sea sarcástico.

—Conteste a la pregunta.

—Está bien. No sé dónde iría.

—Entonces, cálese.

Habíamos llegado a nuestro destino. Bajamos del coche y subimos en el ascensor hasta la cuarta planta.

Apreté un botón y, al cabo de un rato, mi secretaria Ingrid Benson, envuelta en una bata, nos abrió la puerta y se quedó embobada mirándonos.

—Hola, jefe. ¿De cacería?

—Son otros los que la han organizado. Le presento a la pieza que quieren cobrar, Stella Dawe... Stella, ella es mi secretaria, Ingrid Benson.

Las dos sonrieron e Ingrid dijo:

—Pasen.

Entramos.

—¿Tiene café, Ingrid? —rezongué.

—Sí, pero ¿no les parece muy tarde para tomar café?

—Es para usted, Ingrid. Para que esté bien despierta antes de que le haga un resumen del caso.

—No se preocupe, jefe. Ya estoy bien despierta.

Le conté el asunto y, cuando hube terminado, estaba más despierta que si se hubiese bebido medio litro de café.

—Repámanos —exclamó—. Usted, Stella, se ha convertido en la mujer del año. Seguro que sale en las portadas de todas las revistas, incluidas las de modas.

—No me gustaría salir en las portadas de las revistas de crímenes como cadáver.

—Yo creo que también estaría mona, ¿verdad, jefe?

—Usted y su humor negro —gruñí—. Muchachas, buenas noches. Yo me largo.

—¿Adónde va, jefe?

—A la jungla.

—Pues no le veo el rifle.

—Si tengo tiempo, me compraré un bazooka.

—¿Por qué no un submarino y nos vamos todos antes de que se arme?

Sonreí y me marché.

CAPÍTULO IX

Regresé a mi casa y me puse el pijama.

Bebí un vaso de leche y me fui a dormir, pero, cuando me había metido en la cama, sonó el timbre de la puerta.

Cogí la pistola. También los asesinos llaman a la puerta porque esperan que uno abra en pijama, medio dormido. Pero se iban a llevar la sorpresa porque yo estaba muy bien y tenía todos mis sentidos alerta.

Abrí desde la pared y entró el teniente de detectives, Richard Morris, el que me había indicado la cabaña de Russell.

—Hola, Foster.

Tras él entraron otros dos tipos con aspecto de policías.

El teniente les hizo una señal y los dos fulanos empezaron a registrar la habitación. Morris miró la pistola con que yo apuntaba al suelo.

—Deme el arma —dijo.

Se la di perezosamente. Olfateó el cañón.

—¿Contra quién disparó recientemente?

—Estuve haciendo ejercicios en el campo.

—¿Mató a algún pájaro?

—A uno.

Echó a andar, se sentó en un sillón, cruzó las piernas y se puso a jugar con mi pistola.

—¿La ha visto?

—¿A quién?

—Usted sabe a quién. A Stella, la chica que fue con Russell a la cabaña.

—No, no la he visto.

—Sabemos que ha pagado a muchos tipos para que la encuentren.

—Hasta ahora no dio resultado.

—También lo sabemos.

—¿Qué es lo que no saben ustedes?

—¿Por qué mató Stella Dawe al sargento Russell?

—Yo tampoco lo sé.

—¿Está seguro?

—Yo siempre estoy seguro de lo que no sé.

Me fui al mueble bar.

—¿Un *whisky*? ¿O no bebe cuando está en acto de servicio?

—Se lo aceptaré si es bueno.

—De lo mejor.

Los fulanos habían terminado de registrar el *living* y se metieron en las habitaciones interiores.

—No hay nadie, teniente —dijo uno de ellos cuando regresaron. Morris tomó el vaso de *whisky* y bebió un trago.

—¿Por qué preguntó por el sargento Russell, Foster?

—Porque quería hablar con él.

—¿Sobre qué?

—Sobre Stella Dawe.

—Tiene suerte, señor Foster.

—¿La tengo?

—Venimos de charlar con Peter Williams y él nos lo ha explicado.

—Vaya, tengo coartada. Siempre es bueno cuando uno tiene que entendérselas con la policía.

—En realidad, la tiene porque Russell, llevaba cuatro días muerto.

—Quiere decir que, de lo contrario, me habrían achacado el crimen si encuentro el cadáver caliente.

—No sabemos lo que hubiese ocurrido.

—Yo sí.

—No se haga el listo conmigo, Foster. También hemos hablado con Rock Connelly.

—¿Llegó a la hora del espectáculo? Dicen que el *show* del Estambul es muy bueno.

Me miró y arrugó la nariz.

—No haga chistes, Foster.

—De acuerdo, teniente. Fuera chistes.

—Stella trabajaba para Rock Connelly.

—Sí, trabajaba, pero se marchó.

—¿Cree que a Connelly le interesaba Stella?

—¿Sugiere un crimen por celos?

—El sargento y Stella mantuvieron relaciones.

—En tal caso, Connelly, habría acabado con el sargento antes. ¿Por qué esperar a que la chica se fuese con otro, con Peter Williams? Además, Stella se iba a casar con Peter Williams. Si Connelly sentía celos, se habría cargado a Williams y no al sargento. Russell ya no significaba nada en la vida de Stella.

—¿Quién se lo dijo?

—Peter Williams.

—Ah, ya.

El teniente Morris bebió un trago de *whisky* y lo dejó, en la mesa.

—Vamos, muchachos.

Los dos muchachos salieron del apartamento, pero Morris se detuvo en la puerta.

—¿Por qué lo quiso matar el pájaro, Foster?

—¿Qué pájaro, teniente?

—Un tipo del hampa, Marlon Rogers, fue muerto en el cementerio del Este, y el coche de usted estaba al lado del cadáver con el morro metido en una fosa.

—De acuerdo, teniente. Tuve que defender mi vida. Marlon Rogers me llevó allí para meterme en el hoyo. Pero murió sin decirme quién lo había puesto en marcha. Arrugó otra vez la nariz:

—Podría llevármelo a la jaula, Foster.

—Y usted sabe que yo saldría en una hora porque los abogados trabajan muy aprisa. Soy investigador privado, mi licencia está vigente, y ese fulano, Marlon Rogers, debe tener un prontuario como para nombrarle el asesino de la década.

—Sí, Foster. Era un asesino a sueldo. Se le buscaba por cuatro asesinatos probados y por nueve probables.

—Toda una ficha.

—Ha realizado un servicio público.

—Gracias por su felicitación.

—Pero tendrá que pagar una multa de diez dólares.

—¿Por arrojar escombros en sitio prohibido?

—Por meter el coche en una fosa.

—Oiga, teniente...

—La multa no le fue impuesta por la policía, sino por la Administración del cementerio. Hasta la vista.

—Eh, teniente, se lleva mi pistola.

—Me la tengo que llevar porque con ella mató a Marlon Rogers. Pase mañana por la comisaría. Hará su declaración, la firmará y le devolveré la pistola. Sólo tiene que esperar unas horas. Usted se va a dormir y no creo que necesite el arma en sus sueños.

—Quién sabe, teniente, quién sabe.

Morris dio un manotazo al aire y se marchó.

Oí que el ascensor bajaba con el teniente y sus muchachos.

Di un suspiro. Me había librado de ellos, pero seguía metido en un lío.

Sonó el teléfono. ¿No me iban a dejar en paz? Quizá era mi secretaria para pedirme aumento de sueldo.

No, no era Ingrid.

—Foster, aquí Connelly.

—Señor Connelly, ¿sabe la hora que es?

—Usted me tiene intranquilo.

—¿Yo? ¿Por qué?

—No me gustan sus procedimientos.

—¿Cuáles procedimientos?

—Todo el hampa de Los Ángeles está buscando a Stella Dawe. Usted los puso a todos en marcha.

—Cierto.

—Ya le dije que Stella tiene en su poder la droga por valor de un millón de dólares. ¿Quiere que la maten a ella y que sigan corriendo con mi mercancía?

—A nadie le hablé de su mercancía.

—Cualquiera de ellos la puede descubrir. Bastará con que atrapen a Stella por el cuello y se lo retuerzan un poco.

—Ninguno de los muchachos que la está buscando se atreverá a tocar a Stella cuando la encuentren.

—Espero que así ocurra por su bien, Foster.

—Le dije que no amenazase.

—Está trabajando para mí.

—Sí, Connelly, estoy trabajando para usted. Pero me pagará cuando termine su encargo y luego, ya no me tendrá a sus órdenes.

De modo que deje de tratarme como a uno de sus muñecos.

Hubo una pausa.

—¿Logró algo, Foster?

—Nada por ahora. Pero recibí la visita de la policía.

—¿Eh?

—Los polis, esos tipos que se meten por medio cuando alguien mata a un semejante. ¿Recuerda? Le dije que despaché a un fulano que trató de enterrarme, Marlon Rogers.

—Oh, sí, me habló de él.

—¿Quién supone que me lo mandó?

—Y yo que sé. Siga trabajando.

—Ahora voy a dormir un poco.

—¿Por qué?

—Porque tengo sueño. Buenas noches, señor Connelly. Le llamaré cuando tenga algo que decirle.

—Buenas noches —dijo.

Colgué y me fui a dormir.

CAPÍTULO X

Eran las siete de la mañana cuando sonó otra vez el timbre de la puerta.

Me desperté soltando maldiciones. Busqué la pistola hasta que recordé que se la había llevado el teniente Morris.

Pensé coger el rodillo, pero, después de todo, un rodillo no sirve para enfrentarse con una o varias pistolas.

Me acerqué a la puerta.

—¿Quién es?

—Yo, señor Foster.

Era Peter Williams.

Le abrí la puerta y entró como un sonámbulo.

—¿Qué le pasa, Peter? ¿No durmió?

—No.

—Acompáñeme a la cocina. Yo necesito tomar café o me dormiré de pie.

—¿Tampoco durmió?

—Muy poco, por culpa de todos ustedes.

Fui a la cocina y él me siguió.

Puse a hacer el café, saqué del frigorífico unos cuantos huevos y tocino, y también me puse a freírlos en la sartén.

—¿Quiere desayunar, Peter?

—Oh, no, tengo el estómago enfermo.

—Lo siento.

—Todo yo estoy enfermo.

—¿Y por qué?

—¿Por qué va a ser? Por Stella. Me dio lástima.

—Olvidela, Williams.

—¿Olvidarla por qué?

—Ella no lo quiere.

—No debe decir eso, señor Foster.

Me enfrenté con él.

—Peter, ella sólo aceptó su apartamento y seguirle la corriente para desplumarlo.

Se quedó con la boca abierta.

—¡Maldito sea, Foster! ¡Le voy a romper la cara! ¡Se la voy a romper por insultar a Stella!

Se lanzó sobre mí con el puño levantado.

Yo no podía dejar que me pegase, aunque fuese mi cliente. Lo paré con una bofetada, y puse bastante fuerza, porque era una mole.

Peter estrelló las espaldas contra la pared. Estuvo unos instantes asombrado y de pronto se echó a llorar.

Eso me partió el corazón.

—¿Quién le dijo que Stella me quería desplumar? —gimoteó—. ¿Connelly? ¿Ese maldito bastardo?

—Ella.

—¿Cómo?

—Me lo dijo ella, Peter.

La cocina se llenó de humo. Por culpa del maldito gordo se me habían quemado los huevos y el tocino.

—Mire lo que ha hecho, Peter.

Aparté la sartén y abrí la ventana. Me volví furioso.

—Ya lo ha oído, Peter. Ella no lo quiere...

—¿Cuándo la vio?

—No importa cuando la viese.

—¿Dónde está?

—No importa dónde está.

—¡Usted ha dejado de cumplir con su deber, señor Foster! ¡Yo lo contraté para que la buscase y, si la encontró, debió decírmelo! ¡Ése era el pacto entre usted, el investigador, privado, y yo, su cliente!

Tenía tanta razón que me dejó sin habla.

En un momento comprendí lo que estaba pasando. Me había enamorado de Stella. Sí, me había enamorado sin que me hubiese apercibido. Mi conducta con el gordo era la de un tipo celoso. Le había dicho en sus barbas que Stella no lo quería, que sólo pretendía limpiarle los bolsillos hasta dejarle sin un centavo. Pero eso era cruel por mi parte, y la crueldad sólo es obra de los resentidos.

—Perdóneme, señor Williams —le dije con sinceridad.

—No, no le puedo perdonar.

¿Qué le podía decir yo? «Señor Williams, lo siento, pero me enamoré de su chica, de Stella Dawe, la muchacha que yo debía encontrar para usted. Lo siento señor Williams, pero esa chica va a ser mía».

No, no se lo podía decir.

—El lío es más grave de lo que usted supone, Peter. Stella está acusada de haber matado al sargento Russell, y la policía vino a buscarme en la madrugada. Tuve que desembarazarme de ellos. Y ayer tarde trataron de asesinarme, y yo tuve que ser el que matase.

—¿Usted mató? ¿A quién?

—A un asesino a sueldo.

—Dios mío... ¿Quiere decir qué Stella pagó al asesino?

—No, no fue Stella.

Guardó un silencio que aproveché para freír otro par de huevos y tocino. Esta vez, como Williams, estaba callado, se frieron sin novedad. Me senté en una silla y me puse a comer.

Peter Williams estaba como una estatua. En eso sonó el teléfono. Salí de la cocina con la boca llena.

—¿Sí? —dije como pude, tragando el bocado.

—Jefe, venga corriendo —habló mi secretaria.

—¿Qué ha pasado, Ingrid?

—Se la llevaron. A mí me dejaron sin conocimiento.

—¿Quiénes?

—Dos tipos.

—Voy ahora mismo.

Williams estaba detrás de mí y había escuchado.

—Secuestraron a Stella —le dije.

—¿Quién?

—No lo sé. Estaba con mi secretaria.

Me metí en el dormitorio y me vestí con rapidez.

Williams seguía en el *living* cuando salí poniéndome la chaqueta.

—¿Puedo ir con usted, Foster?

Recordé que yo no tenía coche.

—¿Trajo el auto?

—Sí.

—De acuerdo. Pero yo conduciré.

Hice el recorrido hasta el apartamento de Ingrid en la mitad del tiempo que normalmente lo hacía.

Ingrid nos abrió. Tenía un ojo morado y un rasguño en el pómulo:

—¿Sólo tiene eso, Ingrid?

—¿Le parece poco? Era lo único que le faltaba a mi cara.

—Buenos días, señorita Benson —dijo Williams.

—Son muy malos para mí.

—Abrevie, Ingrid —rezongué—. ¿Cómo ocurrió?

—Fue hace cosa de media hora o un poco más. Abrieron la puerta con una llave falsa. Yo estaba durmiendo. Oí un grito. Stella dormía en el otro dormitorio. Salí corriendo y entonces un tipo me atacó por detrás. Fue el que me golpeó en el ojo. Me derrumbé, pero no perdí el conocimiento. Entonces vi a Stella, forcejeando con otro tipo al fondo del *living*. Trataba de aplicarle un pañuelo en la nariz.

—Cloroformo.

—Intenté levantarme, pero el hombre que estaba detrás de mí, me golpeó en la nuca y se acabó.

—¿Vio a los dos tipos?

—Sí, pero no muy bien. El que me golpeó era más bien delgado, y con cara de sádico.

—¿Y el que forcejeaba con Stella?

—Más grande, de unos cuarenta años. No puedo decir más. Cuando desperté al cabo de un rato, me encontraba a solas en el apartamento.

—Tranquílcese.

—Estoy muy tranquila. Sólo pienso en esa pobre chica. ¿Qué le harán, Foster?

—No lo sé.

Peter Williams, exclamó:

—¡Usted es el culpable, Foster!

—Cállese.

—¡No me puedo callar! No cumplió con su cliente, y ése soy yo.

—Eso ya lo dijo.

—Pero se lo tengo que repetir. Maltratarán a Stella y puede que la maten.

—Si hacen eso, me las pagarán.

—No servirá de nada si Stella está muerta.

—No vaya a la oficina hoy, Ingrid.

—¿Por qué no? Sólo tendré que ponerme unas gafas oscuras.

—Es preferible que se quede y descanse.

—Oh, no, aquí me aburro mucho. La oficina me servirá de diversión, si es que no recibo la visita de otros dos matones.

—Ya se acabaron esas visitas. Ahora soy yo el que tengo que visitarlos a ellos.

Salí del apartamento de Ingrid sin esperar a Peter Williams.

CAPÍTULO XI

Connelly sabía vivir bien.

Su casa era grande con un jardín. En el jardín había un portero, un tipo de buena talla. Había viajado hasta allí en un taxi.

—Quiero hablar con el señor Connelly.

—El señor Connelly no recibe aquí visitas.

—A mí me recibirá.

—¿Por qué?

—Estoy trabajando para él. Dígale que soy John Foster, y que le traigo noticias importantes.

Titubeó unos instantes y por fin accedió a hablar por el teléfono de la garita. Encendí un cigarrillo y esperó.

El portero salió de la garita.

—Puede pasar.

Caminé por un camino hacia la casa que había al fondo.

Un hombre me estaba esperando en lo alto de una escalera. Era un matón al servicio de Connelly.

—¿Foster? —inquirió.

—Sí.

—Sígame. El señor Connelly le espera.

Entramos en la casa y seguí al matón hasta una enorme terraza.

Connelly estaba desayunando ante una larga mesa. Un criado se movía a su alrededor.

—¿Desayunó ya, señor Foster? —me sonrió amablemente, Connelly.

—Sí.

—¿No quiere tomar nada?

—Un jugo de tomate.

Miró al criado y éste me sirvió el jugo de tomate.

—Quiero hablar con usted, Connelly —dije.

—Empiece.

—En privado.

—Vete, Jonathan.

El criado hizo una reverencia y se marchó, pero el matón, continuaba allí.

—¿Por qué no se va él? —sugerí.

—Porque él se queda —contestó Connelly con energía.

—De acuerdo.

—¿Qué cosa importante tiene que decirme?

—Secuestraron a Stella.

—¿Qué?

—Se la llevaron.

—No le entiendo.

—Stella vino a mi apartamento anoche.

—¿Después de que yo le telefonease?

—Fue antes.

Sus ojos se llenaron de furia.

—Foster, ¿sabe lo que está diciendo?

—Sí.

—Está confesando que me traicionó.

—No, no le traicioné. Stella no tiene su droga.

—¿Se lo dijo ella?

—Lo probó.

—¿De qué forma lo probó?

—No tuvo que ver nada con la muerte del sargento Russell. Ni tampoco tuvo que ver nada con el asalto a su camión.

—Foster, no me gusta nada que haya venido a estropearme el desayuno.

—Dejé a Stella en el apartamento de mi secretaria. Y esta mañana, alrededor de las seis, dos hombres entraron allí por la fuerza. Dejaron sin conocimiento a mi secretaria, y se llevaron a Stella después de narcotizarla.

Connelly tomó una servilleta y la pasó por sus labios. Luego la arrojó sobre la mesa con un gesto de ira.

—Le va a costar caro, Foster.

—¿Sólo se le ocurre decir eso?

—¿Qué otra cosa quiere?

—¿No me pregunta quiénes fueron los secuestradores?

—¿Lo sabe usted?

—Sí.

—¿Quiénes fueron?

—Sus hombres, Connelly.

—¿Qué?

—Dos hombres enviados por usted.

—¿Se ha vuelto loco, Foster?

—Fuera máscaras, Connelly. Esos dos secuestradores estaban a su servicio. Eran empleados suyos.

—¿Quién le ha dicho esa cretinada?

—Nadie me lo dijo.

—Con que lo pensó usted.

—Sí, Connelly, lo pensé yo.

—Pues está equivocado.

—No lo estoy, Connelly.

El matón que me había acompañado levantó la mano hacia su axila. Allí tenía la pistola y yo no había traído conmigo ningún arma.

Connelly me sonrió con sarcasmo.

—Se está pasando de listo, Foster.

—No.

—Haré como que no ha venido. Póngase en pie y lárguese.

—No me voy a largar.

El matón metió la mano debajo de la axila.

—Connelly —dije—, haré un pacto con usted. Quiero a Stella. Me la llevaré y guardaré silencio con respecto al resto.

—¿Al resto?

—A la droga por valor de un millón de dólares que usted robó.

Arrugó el ceño.

—¿Qué trata de sugerir?

—Que se robó a sí mismo.

—¿Dice que no está chiflado?

—Usted estaba en combinación con Russell. El sargento tenía que asaltar el camión y llevarse la droga a su cabaña. Pero usted lo sabía. Lo sabía tan bien que apuesto a que salió de su cabeza.

—Me está cansando con sus estupideces, Foster.

—Sí Russell hubiese robado por su cuenta la droga, jamás habría ido a su cabaña del lago de Santa Magdalena. Habría echado a correr. Pero allí fue Russell con Stella Dawe. Y Russell estaba la mar

de optimista. No era el hombre preocupado por el robo de una mercancía que valía un millón de dólares. Naturalmente, estaba así de alegre porque, según él, no corría ningún peligro. Su propio jefe, usted, había organizado la confabulación.

El matón sacó la pistola. Era una «Luger».

—No te pongas nervioso, Paul —dijo Connelly—. Guarda eso.

Lo había dicho sin mirar y eso quería decir que conocía bien a sus muñecos. Paul guardó la pistola en la funda de la axila.

Momentáneamente estaba fuera de peligro. Pero ¿hasta cuándo? El rostro de Connelly había enrojecido un poco.

—Foster, he oído muchas cosas sin sentido. Tengo que oírlas porque ocupo un alto cargo. Pero hasta ahora no me habían dicho en mi cara que fuese un ladrón y un asesino.

No tenía nada que decir y guardé silencio.

Connelly dio un suspiro y atrapó una manzana de un frutero. La miró como si le extrañase que fuese redonda.

—Empecé desde abajo, Foster. ¿Sabe lo que hacía a los catorce años?

—¿Quizá robaba en los muelles?

—Era aprendiz de peluquero.

—Ya manejaba la navaja.

—Sólo usaba el cepillo para limpiar el traje de los clientes que se habían servido en los sillones. Pero lo dejé al poco tiempo. Yo no había nacido para barbero.

—Quién lo diría.

Estaba ignorando mis sarcasmos. Ahora parecía la mar de tranquilo. Conozco a esos tipos que, siguiendo el sueño americano, se enorgullecen de haber salido de la nada. Se les hace la boca agua contando como vendían periódicos en una esquina, manejaban un ascensor como botones, o hacían recados por cuenta del tendero de la esquina.

—Después de la peluquería me metí en un negocio de vinos. Allí fue donde robé, Foster. Sí, me llevaba unas monedas cuando el patrón no me veía.

—Un buen comienzo.

—¿Para qué le voy a contar mi carrera?

—¿Para qué? —Convine.

—Pero me costó mucho llegar.

—¿No se lo dije, hermano? A todos les cuesta mucho llegar a lo alto. Claro, hace falta robar mucho, destripar mucho y matar mucho. Pero ellos están muy satisfechos de las tripas que han pisado y de los cadáveres que han metido en la fosa. Y la mayoría de ellos esperan y que les den una medalla.

—Ahora formo parte de una gran Organización. Soy respetado y temido. Yo no puedo echar por la borda todo mi trabajo y es lo que haría si me hubiese robado a mí mismo. Soy responsable ante otras personas que ocupan en la Organización un cargo tan importante como el mío. Y tres de ellos han venido a Los Ángeles, apenas informé del robo de la droga. Y siguen aquí, a la espera de que todo se resuelva.

—Estupendo, Connelly. No tiene más que convocarlos a una reunión y confesarles su pecadillo. De pronto, se le ocurrió pensar qué podría ganar un millón de dólares limpios, sin centavos. ¿Y cómo hacerlo sin levantar sospechas? Aliándose con el sargento Russell. Él robaría la droga y usted luego liquidaría a Russell y se quedaría con la mercancía. Pero todo se le vino abajo porque Russell hizo algo con lo que usted no contaba. Invitó a Stella Dawe a su cabaña. Un capitán de policía de Santa Magdalena y un dueño de un motel vieron a Russell en compañía de la muchacha, y para ellos tuvo que ser ella quién mató a Russell. Y la policía empezó a seguirla y, tarde o temprano, caería en sus manos. A usted le habría convenido que Russell estuviese solo. Era su plan. Usted o un asesino mandado por usted mataba a Russell y recuperaba la droga, y más tarde diría que una persona desconocida había liquidado a Russell. Y nadie lo habría desmentido y se habría acabado la historia de su robo. Pero la chica, al ser acusada del crimen, trastornó su plan. Stella se había convertido para usted en una pieza que no entraba en la combinación y, por tanto, tenía que matarla antes de que fuese interrogada por nadie. Y por eso la secuestró. Para quitarla de en medio.

Se hizo una pausa. Se hizo otra pausa.

—¿Terminó ya, Foster?

—No, Connelly. Usted me mandó a Rogers porque me estaba acercando a la verdad. Ya he hecho una oferta. Stella por mi silencio. Usted se las arregla como pueda con esos caballeros de la Organización. Es asunto suyo.

—Lo siento.

—Yo también.

—Lo siento por usted, Foster.

—Yo soy un buen chico, Connelly.

—No puedo confiar en nadie. La vida me ha hecho sospechar de cuántos me rodean. Es duro a veces prescindir de alguna persona que nos resulta molesta. Pero si uno se ablanda, corre el peligro de perderlo todo. Y yo no quiero perder nada de lo que conseguí, señor Foster.

—Puede arreglarlo.

—Sí, puedo arreglarlo liquidándole a usted.

—No diga eso, Connelly.

—Usted se condenó, Foster, porque acertó toda la quiniela.

CAPÍTULO XII

Paul estaba demasiado lejos para que yo pudiese intentar algo y pudo sacar la pistola de nuevo, con toda tranquilidad.

Miré a Connelly, que estaba sonriente.

—No podrá hacer el negocio, Connelly.

—Ya renuncié a hacerlo.

—Gracias por ser tan comprensivo. Entrégueme a Stella y nos marcharemos inmediatamente.

—Los necesito a ustedes para que todo quede como al principio.

—¿Qué cosa se le ha ocurrido?

—Ustedes morirán y yo, supuestamente, recuperaré la droga.

—¿Y luego?

—La entregaré a los tres caballeros de la Organización que han venido a Los Ángeles.

—Entiendo, renuncia al millón para que no le corten el pescuezo.

—Hay que saber perder.

—No, no lo sabe. Si lo supiese, usted mismo se levantaría la tapa de los sesos.

—Puestos a elegir, prefiero que sean otros los que mueran. Por ejemplo, los culpables del robo.

—Ya murió Russell.

—Pero Stella era su chica. Y usted el amante de Stella y se la jugaron a Russell.

—Muy ingenioso.

—Celebro que le guste.

—Como gustarme, no me gusta nada. A mí también me gusta vivir.

—Lástima.

—Sí, es una pena que uno tenga que cerrar los ojos para siempre habiendo cosas tan lindas que mirar.

—Yo no le metí en esto, Foster.

—Eso es verdad.

—Llévatelo, Paul.

Paul avanzó con su poderosa «Luger». No dejaba de apuntarme.

Había sido tonto por mi parte tratar de resistirme porque leí en los ojos de Paul que apretaría el gatillo sin vacilar.

Me levanté y dije ceremoniosamente:

—Que tenga un buen desayuno, señor Connelly.

—Lo será.

—¿Puedo coger una manzana?

—Puede.

—Llevaré otra para Stella.

—Llévesela.

Cogí las dos manzanas y las metí en el bolsillo. Paul se impacientó:

—Eche a andar delante de mí.

—¿Vamos fuera de la casa?

—No.

—De modo que tiene su matadero particular aquí, ¿eh, Connelly?

Se encogió de hombros.

—Las circunstancias, señor Foster.

Me puse en marcha porque el matón tenía ganas de pegarme con la culata si no le daba a las piernas. Abandonamos la terraza.

Paul me señaló una puerta que había a la izquierda.

—Abra —me ordenó.

—Abrí.

Había un pasillo de unos cinco metros iluminado y al final se iniciaba una escalera hacia un sótano.

Bajé por allí, siempre seguido por Paul. Stella estaba abajo, sentada en una silla.

—¡John!

—Buenos días, Stella. ¿Dormiste bien? —La tuteé, porque en la felicidad y en la desgracia una adquiere confianza con las personas que las comparten con nosotros.

—¿Estás de broma, John...? Me secuestraron.

—Ya lo sé. Ingrid me lo contó todo.

Stella vio al tipo que venía detrás con la pistola en la mano.

—Te atraparon también —gimió.

—Sí, Stella.

—¿Por qué?

—Porque soy tonto.

Llegué abajo y Paul se quedó tres peldaños arriba.

—¿Nos van a matar, John? —preguntó Stella.

—Fue lo que dijo Connelly.

—Pero ¿por qué?

—Connelly se robó a sí mismo en combinación con Russell.

—¿Tiene la droga?

—Sí, la tiene.

—¿Y quién mató a Russell?

—Apuesto a que fue este muchacho tan eficiente.

—Fui yo —asintió Paul.

—Enhorabuena, muchacho.

—Gracias.

—Queremos que nos des la misma ración que le diste a Russell.

—Con mucho gusto.

—Anda, vete a por el atizador.

—Cambiaré el sistema.

—Hombre, el cliente siempre tiene razón. Y a nosotros no nos gusta el ruido.

—Eres muy simpático. Y a ti te voy a dedicar dos balas.

Saqué una de las manzanas.

—Aquí tiene, Stella. Con los mejores deseos del señor Connelly.

Pero arrojé la manzana contra Paul.

Le pegué en el hocico, y detrás de la manaza ya estaba corriendo yo. Salté sobre Paul.

Hizo fuego dos veces cuando le había atrapado el brazo. Stella dio un grito y pensé que había recibido una bala. Paul y yo rodamos por el suelo.

Yo grité:

—¿Te hirió, Stella?

—No, estoy bien.

Paul y yo seguimos rodando. Le sujetaba la mano armada porque era la peligrosa, con la que podría enviarnos al otro mundo.

Le pegué un puñetazo en la sien y lo dejé sin conocimiento.

Todo había sido muy rápido, pero tuve que serlo para salvar mi

piel y la de Stella. Me apoderé de la pistola y me levanté.

Stella vino a mi lado y se dejó caer contra mí.

—John, ¿crees que podremos salir de aquí?

—Lo vamos a intentar.

Le pegué un patadón a Paul, quien despertó.

—Levántate, muchacho.

Se levantó.

—No saldrá de aquí, Foster —dijo—. Hay más gente arriba.

—Claro que hay más gente. Pero yo seré quien dirija el baile.

—¿Qué quiere?

—Me importa un rábano morir. ¿Lo entiendes, Paul? Pero te juro que, si eso tiene que ocurrir, te llevo por delante. Tendré todo el tiempo la pistola en la mano y te estaré apuntando, de modo que obedece o no te libra nadie del pildorazo.

—Está bien.

Le hice una señal para que subiese la escalera, y Stella y yo fuimos con él. Salimos por la puerta. No había nadie.

Los estampidos habrían significado para Connelly, si es que los había oído, que Paul había ejecutado la sentencia contra Stella y contra mí.

Oí voces en la terraza. Había una gran reunión...

Connelly estaba en compañía de tres hombres bien vestidos. Connelly decía:

—Ahí tienen la droga.

Se refería a un saco blanco que había sobre la mesa.

—Buenos días, caballeros —anuncié mi presencia.

Todos me miraron y me vieron con la pistola en la mano, que seguía apuntando a Paul. Uno de los tres visitantes de Connelly, el de más edad, con el cabello muy canoso, rompió el silencio.

—¿Qué significa esto, Connelly?

Yo contesté por Connelly.

—Amigos, Paul tiene que decirles algo. Anda, Paul cuéntales a estos caballeros lo sucedido.

Paul echó una mirada a la «Luger» y me vio con el dedo en el gatillo, listo para disparar.

Entonces miró a los visitantes y dijo:

—El señor Connelly robó la droga en combinación con el sargento de detectives Alan Russell. Luego me ordenó que yo

matase a Russell.

Connelly rió forzosamente.

—No le hagan caso a Paul. Habla así porque el investigador privado lo está amenazando con un arma.

Yo proseguí con una sonrisa:

—Ustedes deben saber que Russell estaba al servicio de Connelly, pero Connelly se cansó del sueldo que le pagaba la Organización y decidió apoderarse de un millón por su cuenta. Se valió de Russell, pero pensaba matarlo para no repartir y fue lo que hizo. Les habrá dicho que la chica y yo liquidamos a Russell para quedarnos con la droga pero no es cierto. Stella Dawe ignoraba lo relacionado con el asalto. Y yo soy John Foster, un investigador que fue contratado por un hombre llamado Peter Williams para buscar a Stella.

El hombre de cabello canoso y los otros dos fijaron sus ojos en Connelly. Éste había perdido ya la serenidad.

—Señor Martini... —tartamudeó...—. Bill... Luigi... He estado mucho tiempo con vosotros... Yo no puedo engañarlos... No, no puedo engañaros... Sería estúpido por mi parte. Todo lo debo a vosotros... Me he portado bien... Siempre he obedecido las órdenes superiores... Juro que soy inocente... Lo juro.

En aquel momento se oyó llegar un coche. Era un auto de la policía. Vi salir al teniente Morris con otros hombres.

El llamado Martini, que debía ser el jefe de aquella gentuza cerró los puños.

—¿Qué pasa, Connelly? —Gruñó.

—Es la policía.

Luigi, el del cabello canoso, me miró:

—Señor Foster, tomaremos en consideración cuánto nos ha dicho y haremos justicia en consecuencia. Connelly lo pagará. Ahora debe guardar esa pistola. Se lo ordeno, y tú Paul, tira el saco de la mesa.

—Nadie va a dar un paso —dije—. Al primero que se mueva, lo aso.

Nadie se movió. Todos estaban pálidos como muertos.

El teniente Morris llegó con sus hombres.

—Hola, Foster —me dijo—. Trabaja muy aprisa.

—Usted también, teniente —señalé a Connelly con la pistola—.

Le presento al hombre que ordenó la muerte del sargento Russell — señalé a Paul—. Y éste fue el hombre que lo mató.

—¿Y esos caballeros?

—Tienen algo que ver con el saco que está encima de la mesa. Y contiene droga por valor de un millón de dólares.

EPÍLOGO

Estaba a solas en mi despacho.

Le había dado a Ingrid vacaciones por aquel día y yo había estado durmiendo hasta las diez de la mañana. Y ahora estaba ante mi mesa, viendo como una mosca patinaba sobre mi carpeta.

Se abrió la puerta y levanté la mirada. Era Stella.

Se acercó a la mesa y dijo:

—¿Estás aburrido?

—Mucho.

—Yo también.

—¿Y Peter Williams?

—Hablé con él.

—¿Cuándo os casáis?

—Nunca. Le dije que me perdonase... Ha comprendido que nunca podríamos ser felices.

—Muy bien.

—¿Por qué te parece muy bien?

—Una mujer no se debe casar con un hombre al que no quiere.

Dejamos correr unos segundos y luego ella dijo:

—Bueno, me voy.

—¿Adónde?

—No lo sé.

Me levanté de la silla. Fui a su lado. Nos miramos a los ojos en silencio.

—Deja que sea yo quien decida adónde vas a ir.

Me sonrió.

—Trato hecho, John.

La besé en la boca y ella me echó los brazos alrededor del cuello. Seguimos besándonos durante un rato y luego nos fuimos en busca de una licencia matrimonial.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

